

TH

TIEMPO DE HABLAR
TIEMPO DE ACTUAR



¿SACERDOTES?

TRIMESTRE 2º de 2021

165

www.moceop.net

No nos callarán
Diálogo inter-religioso
¿Bendecir pareja homosexual?
Laicos presiden eucaristía

MoCeOp

Movimiento Ceilbato Opcional

Coordinadora Moceop:

Tere Cortés
Tfno 916821087
García Lorca, 47
28905 GETAFE
Sector 3 Madrid
Tfno 916821087

www.moceop.net

Coordinador TH

José Luis Alfaro
Arcangel S. Gabriel, 9, 1º B
02002 Albacete
Tfno: 967660697
moceoph@gmail.com

Equipo de Redacción

Andrés García Julio P. Pinillos
Jesús Chinarro Tere Cortés
Juani Palacios Andrés Muñoz
Pepe Laguna Pepe Centeno
Lola Gil Deme Orte
Ramón Alario Enrique Saez
Domingo Pérez Juan Cejudo
Miguel Vera José Luis Sainz
Paco Berrocal

Ayudas económicas GLOBALCAJA de Albacete

Titular: Moceop-
Tiempo de Hablar

ES87 3190 0097 9300 0942 4920

Depósito Legal:
M-283272-1986

Imprime:
Gráficas Cano
Ctra Valencia, 10
Albacete
967246266

En los sitios sin asistencia de sacerdotes, hay coordinadores de comunidades eclesiales de base que ya están presidiendo las celebraciones de la Cena del Señor. No están ordenados pero nadie dirá que Cristo no está ahí presente en la Palabra, en la comunidad y en su celebración.

¿Cuál es el valor de estas celebraciones? ¿Estará realmente Cristo presente ahí bajo las especies del pan y del vino?

En el primer milenio del cristianismo la ley básica era «quien preside la comunidad, preside también la eucaristía; podía ser un obispo, un presbítero, un profeta, un doctor, un confesor o un simple coordinador». Era impensable que una comunidad se quedase sin eucaristía por la carencia de un obispo o de un sacerdote. Entraba entonces el coordinador de la comunidad, como ocurre en nuestras comunidades hoy día. El nexo era el coordinador de la comunidad y la celebración de la eucaristía.

En el segundo milenio se dio un cambio. Las disputas entre el Imperium y el Sacerdotium desplazaron el tema de la comunidad en favor del tema del poder sagrado. Los Papas reivindicaron el poder sagrado por encima del poder imperial. Este poder sagrado viene por la vía del sacramento del Orden. El nexo es ahora quién tiene el poder sagrado y quién no lo tiene. Sólo quien es ordenado tiene el poder de consagrar. El laico queda excluido aun siendo coordinador. Ahora hay un orden laical y otro sacerdotal. (Leonardo Boff, Koinonia. 2019-06-30)



sumario

EDITORIAL

Sacerdocio común...4

MOCEOP

No nos callarán...6

Comunicado sobre Jerarquía
y homosexuales...8

Los sagrados hijos de curas...10

CON OJOS DE MUJER

La Revuelta de la Mujer
en la Iglesia...13

Migajas y más opresión... 16

IGLESIA ABIERTA

Debate episcopal español...20

Laicos presiden eucaristías...22

ENTRELÍNEAS

Desconfío de los sacerdotes...26

LATINOAMÉRICA

28...Tarea pendiente de la Iglesia

TESTIMONIO

29...Diálogo interreligioso

UN GRANO DE SAL

34...¿Sacerdotes?

SACRAMENTOS DE LA VIDA

43...Redes Cristianas

IN MEMORIAM

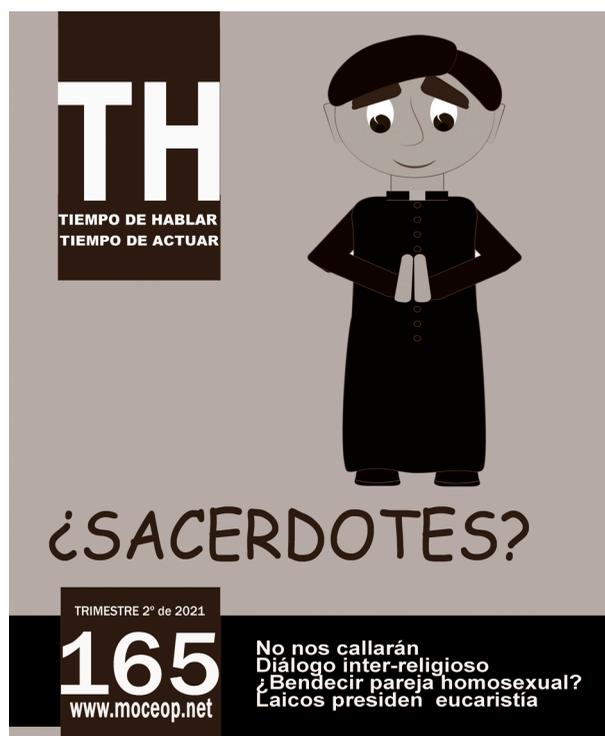
47...José Ignacio Spuche

HUELLAS

50...Ansiando Cumbres

RESEÑA

51... Ser Tú en plenitud



TH
TIEMPO DE HABLAR
TIEMPO DE ACTUAR

¿SACERDOTES?

TRIMESTRE 2º de 2021

165
www.moceop.net

No nos callarán
Diálogo inter-religioso
¿Benedicir pareja homosexual?
Laicos presiden eucaristía

editorial

SACERDOCIO COMÚN

Los que creen en Cristo son hechos sacerdocio real», (*Lumen Gentium*, 9), «Cristo hizo de su nuevo pueblo, pueblo de reyes, asamblea santa, pueblo sacerdotal, sacerdocio que ejercen con el testimonio de una vida santa, con la abnegación y caridad operante» (Nº 10). «Ante Cristo y ante la Iglesia no existe desigualdad alguna en razón de estirpe o nacimiento, condición social o sexo, porque no hay judío ni griego; no hay siervo o libre; no hay varón ni mujer. Pues todos sois Uno en Cristo Jesús»... «Se da una verdadera igualdad entre todos referente a la dignidad y acción común de todos los fieles para la edificación del cuerpo de Cristo» (LG, 32).

Sonará a audacia, acaso a desafío irreverente, pero el Sinodo panamazónico, que aprobó la posibilidad del sacerdocio para matrimonios, ni siquiera aprobó la posibilidad del Diaconado para las mujeres. Ocasión, pues, para replantear el tema, y recuperar una doctrina olvidada: la del sacerdocio común, que es primigenia, absolutamente tradicional y ortodoxa y demanda cambios profundos, si se quiere ser fiel de verdad al sacerdocio de Jesús, único existente en la Iglesia para todos (común) los miembros.

A la luz de los textos bíblicos Jesús fue un laico y sus seguidores también fueron laicos. Ni Jesús mismo, ni sus discípulos pertenecen a la clase sacerdotal. Jesús y su comunidad, son una comunidad laical (Castillo, 2010) Pp 4-5.1

Sobre el tema de Jesús como laico los evangelios son elocuentes. Él pertenecía al pueblo y es clara su relación de subordinación con la clase dirigenal. El gran conflicto precisamente deviene de un laico que cuestiona, y que provee una nueva enseñanza, siendo un simple miembro del pueblo, es decir, un laico.

La novedad de Jesús es que todos somos sacerdotes: La razón del tema es clara. Nos encontramos, tras dos mil años de historia, con que el tema del sacerdocio cristiano ha entrado en gravísima crisis, hasta el extremo de amenazar el modelo eclesiológico bipolar Clérigos---Laicos.

¿Se trata simplemente de una crisis vocacional o más bien de un retomar el Evangelio y ver si el sacerdocio de Jesús, propio de todo cristiano, se ha mantenido en su recorrido histórico en lo que de verdad es o se lo ha reemplazado por otro, que lo trastueca profundamente?

Cuestionar la figura del sacerdote vigente

suscitará asombro, dudas y protestas inacabables. Pero no por ello, podemos renunciar a preguntarnos si la figura clerical dominante responde al nuevo sacerdocio de Jesús, con las consecuencias que esto conlleva para sus seguidores.

Para lograr esto es indispensable, primero de todo, fijar el significado original del sacerdocio jesuánico y comprobar si, a lo largo de la historia, lo hemos sabido mantener o nos hemos apartado de él. La confrontación nos hará entender si el retrato actual del sacerdote concuerda o no con el del comienzo, que según el testimonio de Pablo es Iglesia sacerdotal, con muchos, muchos ministerios.

El grupo que más próximamente seguía a Jesús, nunca se sintió un «cuerpo sacerdotal exclusivo» sobre el resto de los creyentes. Nos lo cuenta Pablo, que escribió sus Cartas a los 20 años de la muerte y pascua de Jesús. Todos, según él, constituyen Iglesia sacerdotal que crea y desarrolla muchos ministerios. Necesitamos releer sus enseñanzas (Corintios, Romanos, Galatas...) para recuperar este sacerdocio frente a otras posteriores interpretaciones.

Todos los autores del N. T. evitaron cuidadosamente utilizar el término «sacerdote» para designar a los ministros o responsables de las comunidades cristianas. Y es importante recordar que esta actitud se mantuvo hasta el siglo III. Como es lógico, si en la Iglesia de los dos primeros siglos se cuidó evitar esta designación, por algo sería, es decir, alguna razón tendrían aquellas comunidades para no utilizar jamás el título de «sacerdote» cuando se referían a los líderes de las comunidades.



Sin embargo -y por más sorprendente que pueda parecer-, las primeras comunidades de la Iglesia tomaron, para designar a los cargos en las comunidades, nombres tomados de las instituciones civiles.

La Iglesia naciente no toleró títulos «sagrados», sino nombres o calificativos «civiles» y, en ese sentido, «laicos». Nos guste o no nos guste, así fue. Y lo lógico es

pensar que esto no pudo ser mera casualidad. Sin duda, esto tiene su lógica relación con el título mismo de «Iglesia», que es la versión a nuestra lengua del término griego «ekklesía», la palabra técnica que se utilizaba en Grecia para designar a la asamblea de ciudadanos libres, reunidos para tomar democráticamente sus decisiones.

Nada de esto impedía creer en Jesús el Señor. Y ser testigos de la fe. Es más, sin duda alguna, los primeros cristianos vieron que era así cómo tenían que denominarse y hacerse presentes en la sociedad del Imperio.

Como es lógico, toda institución que pretenda perpetuarse ha de tener un mínimo de organización, una estructura. Pero eso se puede hacer de muchas maneras. Jesús no quiso, en el movimiento que el ponía en marcha, reproducir los modelos organizativos de los poderes de este mundo. Y, con claridad y firmeza, los primeros cristianos entendieron que la Iglesia no tiene por qué ser guiada por «hombres sagrados» o «consagrados». Pero el hecho es que en la Iglesia se trastornó el ideal utópico de Jesús.

(«La novedad de Jesús. Todos somos sacerdotes», Xabier Pikaza, Ed. Nueva Utopía, Madrid 2014).

moceop

COMUNICADO DE LAS MUJERES DE MOCEOP

"NO NOS CALLARÁN"

Un año más, en esta fecha, las mujeres alzamos nuestra voz en la plaza pública, para seguir haciendo visible que la igualdad aún no se ha hecho costumbre y aunque en esta ocasión, por la pandemia, será menor nuestra presencia en las calles, nuestro grito llegará igual porque como dice el eslogan de la revuelta de las mujeres en la Iglesia de este año: “¡si las mujeres callamos, gritaran las piedras!”.

Las mujeres seguimos revueltas. Nos rebelamos contra la discriminación que sufrimos a escala planetaria. No nos conformamos con las aproximaciones igualitarias conseguidas. No hemos terminado y seguimos cabreadas con el espacio que la civilización nos ha reservado en el reparto machista del mundo. En el día a día y sobre todo en las crisis y pandemias como

la actual seguimos siendo la mayoría de las víctimas y las que más sufrimos sus consecuencias.

La subordinación y sumisión de las mujeres en la iglesia es una situación orquestada y planificada desde la jerarquía católica y consentida y alimentada por nosotras mismas. Educadas para la humildad, la sumisión, la abnegación, la renuncia a la propia sexualidad y el temor al pecado -sobre todo al de naturaleza sexual- renunciamos a nosotras mismas, a nuestros cuerpos, nuestros saberes, nuestra identidad y nuestra independencia en favor de una maternidad siempre exaltada para dejar que otras voces patriarcales tomen una palabra que es nuestra. Damos voz y autoridad -sorprendentemente en todos los ámbitos de la vida- a expertos “en la Palabra de Dios”, a teólogos y sa-

cerdotes célibes sin carga ni responsabilidad familiar alguna, que se reúnen con otros varones conformando una clase social llena de privilegios. Varones que no tienen que salir a la calle a ganarse el pan, que no saben lo que cuesta sacar adelante a unos hijos, ni de las violencias que estoicamente soportamos

las mujeres -físicas, psicológicas, legales, sexuales y de autoría-. Las mujeres en la iglesia seguimos siendo una mayoría silenciosa sin voz ni voto, requeridas solo para llenar en silencio los templos, cambiar los manteles, qu

tar el polvo y fregar el suelo, seguimos siendo la mano de obra barata. Y aunque recientemente se nos ha autorizado en algunos casos a leer la Palabra, son las migajas que nos dejan en la Cena eclesial y Eucarística, de las que hablaba la cananea. Nos duele que todavía haya personas, sobre todo entre el clero, que no crean, como a aquellas primeras discípulas, en la Resurrección que anunciamos.

Para nosotras no es suficiente. Hace ya tiempo que decidimos no esperar la autorización de la Jerarquía y estamos celebrando mujeres y hombres en plano de igualdad en las comunidades donde festejamos la vida, lloramos las muertes y compartimos el pan del Reino y la palabra de Dios. Comunidades en las que todas y todos animamos el día a día de nuestras vidas.

Reivindicamos que las mujeres pue-

dan ejercer cualquier ministerio y responsabilidad en la Iglesia, incluido el presbiterado. Eso sí, no queremos que sean un calco de cómo se están ejerciendo actualmente.

También los colectivos de las distintas identidades de género (gays, lesbianas,

personas trans...), que la Jerarquía niega, son víctimas de intolerancia y de su falta de empatía y amor. No se parecen en nada al Jesús de Nazaret acogedor, compasivo, liberador y amoroso que el Evangelio nos presenta.

La transformación estructural que esta iglesia necesita

y la Revuelta de mujeres reclama, llegará algún día, ya la hemos comenzado, va lenta pero con paso firme y habrá que seguir forzándola para que pueda ser. Más de tres generaciones de mujeres pasaron antes de ver el voto de las mujeres hecho realidad. La historia nos enseña que las conquistas no fueron nunca fáciles.

No perdemos la esperanza de ver esta nueva iglesia sororal, y nuestra lucha de hoy es el mejor legado que podemos dejarle a nuestros hijos e hijas. Somos hijas de las luchas feministas que nos precedieron.

En MoCeOp, llevamos más de 40 años transitando por esos caminos de liberación y reconocimiento de lo valioso y enriquecedor que es para todos y todas vivir esa igualdad. Seguiremos luchando hasta que se haga costumbre.



COMUNICADO DE MOCEOP SOBRE LA ÚLTIMA DECLARACIÓN DE LA JERARQUÍA ACERCA DE LOS HOMOSEXUALES

La jerarquía de la Iglesia ha vuelto estos días a condenar por enésima vez las relaciones homosexuales. La Congregación para la Doctrina de la Fe respondió negativamente, de forma oficial en la web vaticana, a la pregunta de si la Iglesia puede dar su bendición a las parejas homosexuales: “No es lícito impartir una bendición a relaciones, o a parejas incluso estables, que implican una praxis sexual fuera del matrimonio (es decir, fuera de la unión indisoluble de un hombre y una mujer abierta, por sí misma, a la transmisión de la vida), como es el caso de las uniones entre personas del mismo sexo”.

Aparte de pervertir el sentido evangélico de la bendición: desear la bendición de Dios a los amigos o las buenas personas que la piden – como sigue siendo una bonita práctica sobre todo en los pueblos de América Latina- e incluso a los enemigos (Lc 6,28), esta declaración eclesiástica nos trae de nuevo la postura de la jerarquía eclesiástica frente a las personas y el colectivo LGTBI, que vuelve a ser negativa; aunque unas palabras del papa Francisco hace tiempo parecían presagiar un cambio de actitud. ¿Aprobaría él este comunicado o estará prisionero de los sectores más conservadores y tradicionalistas de la Iglesia para impedir las necesarias transformaciones en ésta?

Nuestra jerarquía sigue empeñada en su tradición doctrinal, sin entender que las relaciones homosexuales pueden ser de amor y, por lo tanto, buenas y muy queridas por Dios. Sigue empeñada en un dogmatismo rayano en fundamentalismo, creyéndose la única intérprete autorizada del “designio de Dios sobre el matrimonio y la familia”, confundiendo lo que Dios quiere con su propia doctrina y prejuicios, y diciendo que si una pareja de gays o lesbianas dice que están verdaderamente enamorados y se aman generosa y limpiamente, se equivocan: es una ilusión, un engaño.

Otra vez la jerarquía de nuestra Iglesia, anclada en prejuicios irracionales, sigue sin tener en cuenta a gran parte del pueblo de Dios, para quien no es aceptable el rechazo de la homosexualidad. Una postura que es, además, muy cínica por parte de muchos de nuestros jefes, como ha quedado de manifiesto. Manifiesta estar fuera de la evolución histórica y social, fuera de su tiempo, fuera de los avances en los derechos humanos como el que supone amar con respeto y generosidad a quien y como uno quiera. Manifiesta estar fuera del conocimiento de la persona humana que nos fueron dando las ciencias humanas y la experiencia de que hay un espectro muy variado y legítimo de orientaciones sexuales humanas.

Manifiesta, en fin, estar fuera de la realidad en el sentido de que las relaciones de amor no están necesaria ni exclusivamente centradas en la procreación, como afirma la nueva moral cristiana que estudiamos hace ya cuarenta años y reconoce para el matrimonio el mismo Derecho Canónico.

Pensamos que lo más grave es que esto sigue haciendo sufrir a muchos cristianos y cristianas, y está contra la misericordia y el amor de Jesús de Nazaret a los excluidos. Lo veíamos estos días en una dolorida y anónima “Carta abierta de un joven gay a Dios con motivo de la última declaración de la Santa Sede sobre la bendición de parejas homosexuales”, aparecida en Religión Digital y de la que recordamos aquí sus palabras, porque las suyas son más importantes que las nuestras:

“Señor, hoy soy solo uno más de tus hijos, que puede ser tu hija, también, y a quien llamas con nombre propio, con plena dignidad... No es nuevo que nos llamen personas con ‘tendencias objetivamente desordenadas’ y que nos pongan el sello del pecado. No es nuevo, pero siempre que se reafirma es doloroso, muerde el alma como el mal espíritu al corazón de tus santos... Recuerdo mi miedo, Señor, miedo que mata la esperanza, que mata la vida... Señor, veo la iglesia delante de mí cerrada... Y luego pienso, ¿esta es la Iglesia que tú querías? ¿Ésta de puertas cerradas, con olor a polilla, de columnas de piedra, de retablos de oro? ¿Ésta de cardenales que acusan, de poderosos que presionan, que le matan el vuelo a la libertad, a la novedad y al encuentro?... Te hablo desde mi fragilidad, Señor, desde mi dolor, desde mi soledad... Te hablo desde mis días de... dolor de conciencia desesperada, de sueños rotos, de necesidad de amor, cariño, libertad, paz... Señor,

que repitamos ‘bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados’...y que amemos mucho, en nuestros trabajos, en nuestras familias, en nuestras camas, en todas partes, a quien sea y como sea, pero siempre amando”.

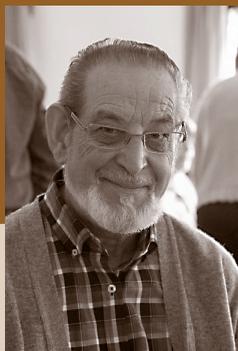
Desgraciadamente, la esperanza de que el papa Francisco –tan acertado en otras cosas- iba a liberar el estancamiento de la doctrina tradicional a este respecto, de que iba a hacer avanzar la reflexión e incluso corregirla, se esfumó de nuevo justamente en los ocho años de su pontificado, y sigue en la línea de sus predecesores.

Pero importantes sectores de la Iglesia europea, inmediatamente después de hacerse pública esta declaración, manifestaron que seguirán bendiciendo las uniones homosexuales exigiendo la modernización de la Iglesia, porque –dice un grupo de curas austríacos– “la realidad nos ha demostrado que las parejas homosexuales pueden celebrar el amor de Dios en la Iglesia igual que el resto”.

Como hermanos y hermanas del MOCEOP nos unimos a esta actitud de rebeldía de nuestros colegas ante una norma de la jerarquía que consideramos injusta y que no corresponde con la misericordia de Dios con todos sus hijos e hijas; como ellos, seguiremos con nuestra disidencia práctica y no rechazaremos a ninguna pareja de cualquier condición que se ame y busque de nuestra parte la bendición de Dios.



LOS «SAGRADOS» HIJOS DE CURAS



Pepe Mallo

Recientemente ha saltado a los medios una noticia que ha recogido también RD: «El Vaticano admite su «error» al condenar al ostracismo a decenas de miles de hijos de sacerdotes.» En un anterior artículo mío, con el título «Mi papá es un cura célibe» (24-11-2017), ya tracé una reseña sobre este tema, a raíz de una noticia aparecida en el «The Boston Globe» que abordaba la difícil situación de los hijos de los clérigos, que vivieron marcados por el secreto, la vergüenza, la ilegitimidad, el rechazo o el abandono.

Abro un introito: «En el título de mi reflexión de hoy, enfatizo la palabra «sagrados» por una doble razón. Primeramente, porque pienso que si el padre es una persona ontológicamente «consagrada», según doctrina, algo de «sagrado» transmitirá a la prole en su ADN, como ocurre, según doctrina, en la transmisión del pecado original. Y secundamente, por la académica acepción de «sagrado» como algo «intocable» (¿parias?).»
Fin del introito.

Parece que la Iglesia liderada por Francisco va dando pasos tímidos y comedidos, aunque tardíos, «en diferido». La noticia era largamente esperada. Por fin, se ha escuchado la confesión del desatino y la

petición de perdón. El tema de los «hijos de los sacerdotes» ha permanecido tabú durante mucho tiempo. Por eso, la confesión explícita del error cometido supone un paso adelante en el reconocimiento de los errores de la Iglesia, como ha ocurrido con la pederastia. Las palabras de Bernard Ardura, presidente del Comité Pontificio para las Ciencias Históricas, a instancias de Vincent Doyle suenan a sinceridad: «A la luz de la toma de conciencia a todos los niveles,(...) es conveniente reconocer que objetivamente el silencio que ha rodeado a estos niños ha tenido consecuencias nefastas sobre las personas, se trate de infantes o adultos. Hoy reconocemos, con el papa Francisco, que fue ciertamente un error teniendo en cuenta nuestros criterios actuales, basados en la verdad y en una cierta exigencia de comunicar la verdad». En una entrevista con NCR, el citado Doyle ponderaba las palabras de Ardura, que en su opinión son «la primera vez en la historia de la Iglesia en la que está cumpliendo con su misión. Este reconocimiento no sólo es histórico, sino que es lo correcto. De hecho, es lo católico».

Vincent Doyle, psicoterapeuta irlandés, tenía 28 años cuando su madre le confesó que el sacerdote católico que siempre había pensado que era su padrino en realidad era su

padre biológico. El descubrimiento lo llevó a crear la asociación Coping International (con más de 50.000 miembros en 175 países), una organización de voluntarios de la salud mental que promueve el bienestar de los hijos de los curas que, como él, sufren por haber nacido de un escándalo eclesiástico. Los últimos censos del Vaticano cifran en 414.000 los sacerdotes católicos en todo el mundo. Pues según las estimaciones de Doyle, «si sólo el 1% de estos 400.000 sacerdotes tuviera uno, habría como mínimo 4.000 hijos e hijas de sacerdotes que podrían necesitar ayuda emocional y de otra clase por parte de la Iglesia».

Los hijos («ilegítimos») de sacerdotes comparten una lamentable experiencia: Lo hayan sabido en la infancia o lo hayan descubierto de adultos, en su mayoría, han sufrido angustia, amargura y desengaño por haber heredado ese destino. Suelen crecer sin el cercano apoyo de sus padres, y con frecuencia se les presiona o se les escarnece para que guarden en secreto la existencia de esa oculta relación. «A muchos se les rompe la fe en la Iglesia al reconocer que una institución considerada un faro de la verdad moral ha permitido o ha dejado pasar que los sacerdotes que hayan tenido hijos rehuyeran las

responsabilidades de apoyo, atención y amor de un padre». Los hijos a veces son resultado de aventuras que involucran a sacerdotes y mujeres devotas o monjas; otros son producto de abusos o violaciones.

En el presente escenario eclesial, ser hijo de un cura conlleva un amargo estigma, sobre todo cuando el padre tiene que silenciar la circunstancia de haber tenido un hijo para salvaguardar la buena imagen de la Iglesia, su propia reputación y mantener su ministerio. No menos penosa resulta la vida de las mujeres que aman y son correspondidas por un cura. Mujeres enamoradas («metidas en el amor») que tienen que experimentar no la pasión del enamoramiento sino el padecimiento de la ignominia, la injusticia de la deshonra y la vergüenza de la infamia. Mujeres que tuvieron el coraje y la valentía de afrontar la vida como madres solteras, continuar con su embarazo y sacar adelante a sus hijos solas, desprotegidas, sin amparo. Y no es menos espinosa la situación de los sacerdotes que, sin renunciar a su ministerio, mantienen furtivas relaciones.

«Evitar el escándalo público» era la consigna. Por eso se puso en marcha la sórdida maquinaria del silencio y del secreto. Así nacieron los niños y niñas víctimas de ese silencio, ignorados, hijos de la ocultación, del sigilo, hijos de la clandestinidad, del camuflaje. Angustioso problema humanitario, más allá de la transgresión del celibato, provocado por la insensibilidad, la negligencia, la despreocupación, la irresponsabilidad, ¿y la impunidad?...

¿Y ahora qué?, cabe preguntar. ¿Basta con la autocrítica, con reconocer el



error y pedir públicamente perdón? Al acto de contrición le corresponde el propósito de la enmienda. ¿Se quedará todo en el mero propósito, pero sin enmienda? ¿Existirá un resarcimiento justo a las víctimas, mujeres, niños y clérigos? La solución de la Iglesia consiste en la expulsión del «infractor» del estado clerical. «La razón de la secularización no es el hecho de ser padre, sino «un ejercicio efectivo y responsable de la paternidad» (cardenal Stella). Inhumana argucia. ¡Ahí te las apañes! Con esta sentencia solo se consigue aumentar la marginación y desatención de la madre, del niño y del padre, dejándolos sin medio de subsistencia. «No creo que el desempleo sea la respuesta a la paternidad», concluye Doyle.

¿Por qué tanto exaltar la artificial paternidad espiritual y repudiar severamente la auténtica paternidad natural?, ¿por qué «padre-cura», sí y «cura-padre» no? ¿No sería más humano reconocer esta realidad como se

consiente, por privilegio, la de otros curas-padres «legales»? Presiento que esta confesión de Bernard Ardura vuelve a situar en el centro del debate eclesial una de las más oscuras circunstancias de la Iglesia: el celibato y sus consecuencias. No es mi propósito desarrollar aquí el tema. En artículos anteriores ya he dejado mi forma de pensar.

Igualmente, desde hace largo tiempo, en su propio blog, https://www.religiondigital.org/atrevete_a_orar/, Rufo González viene desarrollando magistralmente este debatido y sugestivo tema del celibato, desbaratando con agudeza los falsos tópicos de los documentos eclesiales y desmontando la ilusoria doctrina oficial sobre el celibato obligatorio...

Merecería la pena que nuestros jerarcas leyeran y meditaran tales artículos profusamente documentados, saturados de competente discernimiento y clarividentes razones y acreditados por juiciosas deducciones. ¡Otro gallo cantaría!



con ojos de mujer

LA REVUELTA DE LAS MUJERES EN LA IGLESIA...



Pepa Torres

*Y de repente estalló y se hizo más fuerte
con la pandemia*

El 1 de marzo hizo un año que la Revuelta de las mujeres en la iglesia hicimos públicas nuestras propuestas y reivindicaciones con acciones celebrativas en las puertas de las catedrales de Madrid, Barcelona, Sevilla, Zaragoza, Las Palmas, Valencia, Burgos. En otras ciudades como Santiago, Zaragoza o Bilbao, la pandemia impidió que las acciones programadas pudieran llevarse a cabo.

Nos sumábamos así a una iniciativa que desde Barcelona y bajo la convocatoria de la plataforma de mujeres cristianas Alcem la veu llevaba gestándose mucho tiempo con esa siembra paciente, resistente contra viento y marea que los grupos de Mujeres y Teología u otros colectivos de feministas

cristianas veníamos haciendo en la iglesia española desde hace años.

Y de repente estalló... como una primavera de esperanza y de inteligencia colectiva frente a la lentitud de los cambios en la iglesia ante la igualdad y el reconocimiento de nuestras capacidades y carismas en el acceso a los ministerios. En el trasfondo, un hecho que sin duda fue un detonante: la negación del voto de las mujeres en el Sínodo de la Amazonía, en contraste con su activa participación e implicación en ser iglesia en salida, presencia profética en las periferias.

Una vez más nuestra palabra fue silenciada. Pero de aquel silencio nació un clamor: poner fin a nuestra invisibilidad y a la discriminación de las mujeres en la iglesia. Recuperar la memoria transgresora de Jesús en el Evangelio y recordar al papa Francisco la necesidad apremiante de cambios estructurales

urgentes en la iglesia, desde la perspectiva de las mujeres y hasta que la igualdad se haga costumbre. La incorporación al movimiento mundial de mujeres *Voices of faith* redimensionó nuestras acciones y nuestras reflexiones y amplió nuestra conciencia global y ecuménica.

Y llegó la pandemia... Frente a la parálisis y el repliegue que ha caracterizado a algunos sectores eclesiales el covid nos ha hecho más resilientes y creativas. Una vez más hemos sido las mujeres las que hemos estado en primera línea sosteniendo la vida y poniéndola en el centro y una vez más seremos también nosotras las que cargaremos sobre nuestros cuerpos, como ya lo estamos haciendo, la dureza de esta crisis económica y social sin precedentes.

En estos meses de confinamiento hemos ido tejiendo un trabajo en redes minucioso e incansable conjugando vitalmente tres verbos imprescindibles en la densidad del presente nos atraviesa: acompañarnos, sostener la esperanza y empujar las iniciativas comunitarias de las mujeres. Como consecuencia de este tejer en común y en sororidad la *Re-vuelta* se ha extendido por nuevos



lugares del estado: Salamanca, Vitoria, Córdoba, Badajoz, Granada, entre otras ciudades, a la vez que se ha hermanado con colectivos de mujeres feministas cristianas de América Latina, como Tras las huellas de Sophia,

en México, mujeres argentinas, etc.

También en estos meses el papa Francisco ha realizado nuevos nombramientos de mujeres en lugares relevantes. Quizá uno de los más representativos es el de Nathalie Becquart, como secretaria del próximo Sínodo de obispos. Por primera vez una mujer tendrá voz y voto en ese espacio. Valoramos estos nuevos nombramientos de mujeres como un signo de esperanza, pero a la vez nos parecen claramente insuficientes.

Las mujeres constituimos la mitad de la iglesia y nuestra representación en los lugares de tomas de decisiones es prácticamente inexistente. Estamos también convencidas de que las reformas del papa Francisco y los cambios estructurales que anhelamos no serán

posibles sin la movilización de los movimientos de base de Iglesia y en este sentido las mujeres de los movimientos feministas cristianos y las mujeres de las co-



munidades y parroquias somos un motor de cambio imprescindible.

También en estos meses otro gesto importante ha sido el motu propio del Papa del inicio de este 2021: «Spiritus Domini», en el que el papa Francisco hizo una modificación en el Derecho canónico de algo que, por otro lado ya era habitual en la vida de la Iglesia, que las mujeres lean durante la eucaristía, asistan en el altar y den la comunión. Revisaba de este modo el «Ministeria Quaedam» de 1972, que reservaba a los varones los ministerios de lector y acólito. Con esta modificación el derecho canónico se adapta y cambia al reconocer lo que ya es práctica habitual, lo cual viene a demostrarnos también que los cambios han de forzarse desde nuevas praxis.

Por todo ello el domingo, 7 de marzo, a las 12 de la mañana volvimos a visibilizarnos y plantear nuestras propuestas y reivindicaciones en las puertas de las catedrales en numerosas ciudades del estado para realizar un acto reivindicativo de memoria y esperanza, con los protocolos sanitarios requeridos. El lema que nos convocaba esta vez a la Revuelta de Madrid es «**Si las mujeres callamos gritarán las piedras**». Una paráfrasis del evangelio de Lucas 19,40, porque estamos convencidas de que el clamor de las mujeres es también el clamor de Dios y nuestras reivindicaciones no pueden silenciarse.

Trabajamos y seguiremos haciéndolo por una iglesia sinodal que reconozca la plena ministerialidad de las mujeres. Por ello exigimos cambios estructurales profundos desde la perspectiva de las mujeres, en sintonía con el Evangelio y la práctica de Jesús en reconocer dignidades y anteponer la vida a preceptos y legalidades excluyentes. Entre estas reivindicaciones: Tener voz y voto, poder decidir, celebrar y predicar en una Iglesia igualitaria; repensar la moral sexual desde la misericordia y la ternura, el fin a la explotación y la violencia hacia las mujeres dentro y fuera de la Iglesia; reconocimiento de la teología

feminista, y eliminación del lenguaje sexista de textos, manuales de enseñanza, y rituales. Una iglesia, en fin, que lea la Biblia, la tradición y la actualidad **con ojos de mujer** y que incluya a mujeres de diversa condición sexual

Estas propuestas y reivindicaciones nacen de la pasión por Jesús y la utopía del Reino y por eso las hacemos en memoria suya y en el de las mujeres del Evangelio: María Magdalena, María de Nazaret, Juana de Cusa, Susana, María de Cleofás, Marta y tantas otras que con Jesús transgredieron el orden patriarcal e inauguraron la iglesia como comunidad de iguales. Desde este sentido de comunión y de ser y hacer iglesia desde dentro de ella, hemos escrito una carta al Papa Francisco, que daremos a conocer en unos días, que hace insistencia en el camino sinodal como un camino pendiente que no podrá hacerse sin la plena participación de las mujeres y hasta que la igualdad se haga costumbre .

ALCEM LA VEU
CANTAREM DONS ESTREM

Per la dignitat i la igualtat de les dones a l'Església

ALCEM LA VEU 2021

7 de març 12 h

Concentració a la Plaça de la Catedral

Barcelona

Amb l'actuació musical de Rosa Zaragoza

Inscripcions a alcemlaveu.org

Segueix facte a [@donesalcemlaveu](https://twitter.com/donesalcemlaveu)

MIGAJAS Y MÁS OPRESIÓN... ESO NO ERA LO QUE PEDÍAMOS



Cristina Moreira

Acaba de caer la noticia, cual milagro, causando estruendo de gente súbitamente alegre y agradecida y, en otros foros, doy fe, indignación y frustración incluso.

El papa, por iniciativa propia, él solo y porque así lo decretó (decreto de Motu proprio Spiritus Domini) decidió modificar el derecho canónico con la fórmula siguiente: *«Los laicos que tengan la edad y los dones determinados por decreto de la Conferencia Episcopal podrán ser asumidos establemente, mediante el rito litúrgico establecido, en los ministerios de lectores y acólitos; sin embargo, tal atribución no les da derecho al sustento ni a la remuneración por parte de la Iglesia».*

Aclara previamente que se trata de poner «a la disposición de la comunidad y su misión de forma estable» los carismas que «el Espíritu del Señor Jesús, fuente perenne de la vida y misión de la Iglesia, distribuye a los miembros del Pueblo de Dios... ». Todo ello está ordenado a «contribuir a la edificación de la Iglesia y al anuncio del Evangelio ».

Observemos el texto. Después de declarar «que estos ministerios laicos, al estar basados en el sacramento del Bautismo, pueden ser

confiados a todos los fieles idóneos, sean de sexo masculino o femenino» se usa la nulamente inclusiva palabra «laicos» de género masculino en nuestra lengua y otras que diferencian ortográficamente los géneros. El lenguaje contradice la intención y ofende.

Los dicasterios consultados debidamente no recomendaron cuidarlo, aunque solo fuera por una vez. Lo que no se nombra no existe, no es una mera teoría feminista, procede de la misma Biblia, todo lo que existe fue creado por Dios nombrándolo. En nuestra tradición, la palabra es Palabra y es Dios mismo. Esto no es teoría del género, es Escritura Santa. Nombremos al ser humano «varón y hembra», imagen divina, dignidad divina de hijas e hijos, por el bautismo y Santa Voluntad de su Creador.

El texto enfatiza el origen divino de los carismas en las personas y su destino para bien de la Iglesia y del Evangelio, para, a continuación, constituir dos ministerios que implican funciones que ya ejercían mujeres previamente. Es sabido que en muchas diócesis todavía prohíben a las mujeres pisar el presbiterio, servir el altar o distribuir la comunión, y bueno será que a partir de ahora cesen estas prácticas. Pero nos preguntamos por qué se necesita desclericalizar los ministerios, justo ahora que se incluyen a las hembras.

La desclericalización es una temática muy recurrente en el discurso del papa y preocupación importante, así me lo confirmó su nuncio en París, con el que me entrevisté recientemente. Alabo ese propósito pero no termino de entender por qué se trae a colación precisamente cuando proponemos que se abran todos los ministerios

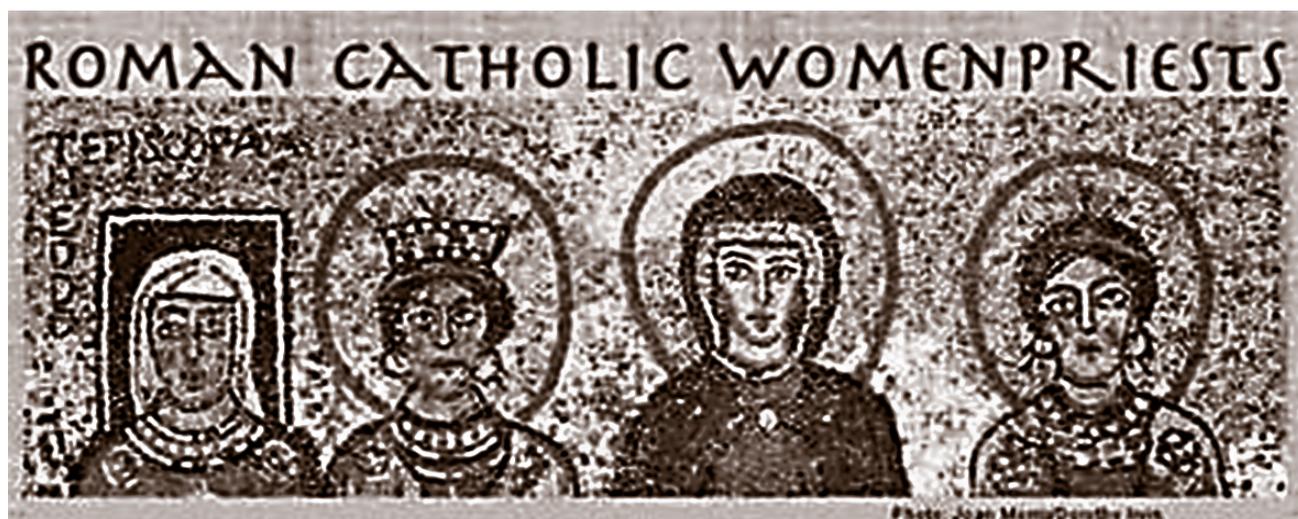
para toda la prole de Dios. A la petición de igualdad se responde con discursos sobre los males de la clerecía, que, digámoslo abiertamente, no son imputables a las mujeres que suelen ser más bien sus víctimas.

Merece la pena observar que se mezclan dos elementos que no se relacionan, como si alguien te pide un vaso de agua y le comentas que mejor se afloje los cordones de los zapatos. Propongo que se consideren ambos temas por separado. Hablemos de igualdad, de dignidad humana, y, por otra parte, hablemos de la clericalización.

Las mujeres que estamos en esta Iglesia no hemos elegido ese sistema de gobierno, y me atrevo a decir que ni Dios lo aprueba. Con ese mal en sus entrañas, el organismo eclesial, labrado palmo a palmo durante siglos con sangre de mártires y mucho trabajo por el Evangelio, se está autodestruyendo porque lo que ahora suena es el llanto de los infantes, los suspiros de las esposas ocultas, los lamentos de quienes queremos amar a nuestra Iglesia y nos dejamos la piel en ello porque nos avergüenzan por doquier. Aprendimos a no avergonzarnos de la cruz de Jesús pero no sabemos qué hacer con la vergüenza por tanta traición hacia quienes él más protegió: los y las más pequeñas.

Mientras tanto, este contingente virgen de culpa, capaz todavía de dar testimonio del Maestro de Nazaret y de cavar más la tierra para plantar las semillas de su Reino, ese contingente de humanas generosas y capaces de fe inquebrantable y sacrificios por ella, es despreciado. Los carismas, cuando lucen en ellas, se han de ceñir a lo que manda el código canónico. ¿No quedamos en que son don del Espíritu? ¿Será que el Código dicta al Espíritu su reparto de dones y se encarga de discernir cuales aprovechar y cuales echar a los cerdos? Las mujeres y el resto de colectivos excluidos que sufren de las mismas penalidades, como el colectivo LGBTI, reciben carismas, vocaciones, talentos y riquezas ¿era preciso recordarlo? conforme a la voluntad del Espíritu Santo y no los vamos a enterrar. Haré uso de alguno que ha caído en mi parte de heredad.

Oráculo del Señor: las hijas del Rey del universo no quieren soportar más el oprobio de ser tratadas como indigentes a quienes tirar algunas migajas para tenerlas contentas. No somos niñas que contentar tirándonos unos pocos caramelos, léase comisiones, una tras otra para comprobar que nuestras antepasadas en la fe sirvieron a sus comunidades como diaconisas, presbíteras o episcopas, y verificarlo sin que se



verifiquen las consecuencias. Todo es nuestro, y eso es lo que queremos y algunas ya hemos tomado.

Porque «para ser libres nos libertó Cristo» y porque su sangre corrió igualmente para ellos que para ellas, no queremos que se nos siga inculcando la cultura del permiso patriarcal. Lejos de mí la más remota intención de juzgar al papa Francisco, como ser humano, quiero creer que hace lo que su conciencia mejor le dicta. Pero nosotras también tenemos conciencia y palabra, igualmente inspirada por el Espíritu y la teología. Somos adultas que sabemos ocupar nuestros lugares en el mundo desde hace decenios. Ya solo parece que falta la Iglesia romana por darse cuenta.

Aun cuando podamos leer en este texto la voluntad de reconocer la igual dignidad de bautizadas y bautizados, interroga seriamente la escasez de los efectos. ¿Qué hay de otros ministerios? Nuestros bautismos son iguales, pero la Carta apostólica se esfuerza por reforzar, de un modo un tanto alambicado y rozando la incoherencia, la diferencia aparentemente insalvable entre los ministerios que pueden ostentar la gente laica (pueblo de Dios raso, de

«condición común») y la gente ordenada que hayan «recibido en el sacramento del Orden», es decir, exclusivamente varones heterosexuales y solteros (c. 1024 y siguientes).

Sé que muchos y muchas han salido hoy a celebrar tan grande concesión. Otras estamos perplejas por el doble lenguaje. Somos mujeres de Iglesia, mujeres de fe y mujeres de Dios, están ahí mis compañeras de Toutes Apôtres, el movimiento que ya se está extendiendo, mis hermanas presbíteras de la ARCWP... Y unas cuantas que siguen atrapadas en las trampas patriarcales por simpatía a un varón vestido de blanco ante quien abdican sus propias voluntades en lugar de apoyarlo con franqueza, sincero diálogo y controversia si se tercia, en fratersororidad lúcida. La sumisión no aporta nada, es un espejismo creer que pacifica, es un error creer que callar y obedecer construye hogar. A largo plazo es caldo de abusos e infelicidad.

Abogo por apoyar a Francisco y a cualquier hermano o hermana en la fe con mi palabra sincera y aun amorosa, pero no con sumisión incondicional. Esa solo se la ofrecí entera a Dios y no queda ni una gota para los mortales. Abogo por que nos escuche, por que conteste a la larga



carta, respetuosa y cordial, que le remití por intermediario de su nuncio en París, en octubre del pasado año. Sin diálogo no hay comunicación, y sin él es difícil la comunión y el amor. Estoy aquí para lo que necesite, pero de hermano a hermana. ¡Qué necesidad de hablar, cuánto tiempo perdido por callar, por no escucharnos, como ocurre en los matrimonios infelices, en esta Iglesia nuestra!

Por mi opción de solicitar y recibir un sacramento que la institución patriarcal católica romana, antigua y lenta cual galápago, prohíbe por ley interna a las mujeres, la mitad de su membresía por solo eso, por ser mujer, he pagado algún que otro tributo y recibido gracias incontables. Las suficientes para comprobar que merece la pena tomar conciencia de lo que lo que nos perdemos las mujeres, cada vez que se pierde una imposición de manos, una unción... es indescriptible... es de llorar. En lugar de dispensarlas con cuentagotas, por qué no multiplicarlas, también para el lectorado, el acolitado, el florecimiento, el canto y la música... el profesorado... consagremos sin descanso para crecer y multiplicarnos en lugar de restar.

Yo, una mujer, por género y sexo, casada y madre, discípula de Cristo y bautizada, he celebrado ayer domingo la eucaristía, mano a mano con mi esposo también presbítero, y sí, con el Señor, con su Madre María de Nazaret, ella siempre está... y con la maravillosa comunidad Home Novo (A Coruña) que me eligió para ser presbítera y también en comunión con las casi 300 presbíteras de la asociación RCWP-ARCWP y sus comunidades que ya cuenta el planeta.

No estoy sola, no soy autorreferente. Pero



nada más y nada menos que una hija del Altísimo y de la humanidad, pequeña y pecadora, lo garantizo, pero estoy en pie, adulta y digna. No voy a agradecer limosnas, todos los tesoros de mi Padre son míos. No voy a aceptar mini-sterios tapaagujeros y apaga incendios, para que el clero se pueda dedicar con más holgura a perennizar el sistema clerical que, contradictoriamente, se pretende erradicar... no me engañan, y no estoy agradecida. Eso no es lo que pedí, no es lo que me pide el Señor.

Como colofón pronostico que un día nos reiremos de estos breves, que alguien dirá «hay que reintegrar a estas mujeres en la comunión (como si alguien fuera capaz de privarnos de ella)» como están haciendo con el cantador de verdades como puños llamado Lutero, varios cientos de años después. No seamos necios... estamos a tiempo de no hacer el ridículo, de aprovechar todas las buenas voluntades para levantar la tienda del Encuentro otra vez, de reconocernos en Su Rostro como iguales y reunirnos a partir el pan como hermanas y hermanos. Y lo sé, es urgente, por la justicia, porque no sobra amor en la tierra y porque arrecian vientos nefastos. Hacemos falta todas.

https://www.religiondigital.org/opinion/Migajas-opresion-pediamos-mujeres-papa-acolitas-lectoras-discriminacion_0_2304369554.html

iglesia abierta

PERO, ¿QUÉ OS HA PASADO? DEBACLE EPISCOPAL ESPAÑOL

Un grupo de curas nos ha enviado a la redacción de TH el siguiente escrito:

No, no son casos aislados, hay una cierta tónica en el perfil de muchos obispos españoles. Y les salva que, aunque lloriqueen por la falta de comunión y disponibilidad de sus curas, estos tienen mucho más sentido eclesial y responsabilidad sobre la imagen de la Iglesia que la que gastan ellos. Porque si no, sería inexplicable que no haya muchas más denuncias de sus obispos por incompetencia en las tareas de gobierno, nula o escasa dedicación pastoral, dudosa administración económica, deficiente comunicación con los sacerdotes (que son sus más estrechos colaboradores) y, por terminar la lista, un estilo de señoritos. Si se hiciera una encuesta —secreta, por las consabidas represalias— sería curioso ver cuántos curas reconocen a su obispo en alguna de estas pésimas calificaciones. Como no se hará dicha encuesta, nos tendremos que contentar con el goteo de escándalos y el descontento mal reprimido con el que los presbiterios

diocesanos esperan anhelantes a que se acabe el tiempo prescrito y su prelado presente la renuncia por edad.

Pero, esto no es ninguna casualidad, el título de este artículo es retórico, por supuesto. Se conocen las razones por las que abunda este tipo de obispos. Y los que se escapan, son cómplices porque callan y no denuncian a Roma esta tristísima realidad. Sí, claro que también hay excelentes obispos, pero están en el cielo o en el «limbo»... Una primera causa está en la fuerza electora de nuevos obispos que tienen algunas sedes metropolitanas que, al contar con auxiliares, cada vez que cambian de arzobispo lanzan al resto de las diócesis los que fueron elegidos por el anterior metropolitano, para así dejar las manos libres al siguiente. Y cuanto más grande y clásica es la cabecera de la provincia eclesiástica, más riesgo hay de que los obispos con los que van surtiendo a casi toda la Iglesia española, sean del tipo «palaciego», con poca o ninguna experiencia pastoral, curtidos si acaso en

alguna licencia o doctorado en Roma y deudores siempre de la línea y la cuota electoral en la Conferencia Episcopal debida a sus promotores. Este es el caso de Valencia, Toledo y Madrid.

Otra razón que ya se apuntaba en un anterior post de Religión Digital es el tipo de sondeo «al Pueblo de Dios» que lleva a cabo la nunciatura para ir proveyendo las ternas de futuros obispos. Cuenta más si los futuros candidatos llevan hábito talar o defienden el celibato opcional que su verdadera trayectoria pastoral. Y cuentan más, al final, que sea de una insufrible atonía que no su pasión por el acompañamiento del pueblo fiel. Por eso los obispos de esta guisa, sálvese el que pueda que serán una minoría, parecen calcomanías los unos de los otros. Hay una clonación del tipo de obispo que, elegido para que no se dé a ninguna veleidad progresista, luego resultan muy problemáticos por su ejercicio del gobierno pastoral en modo autoritario y nada colegial. Y ocurre de tal modo que hasta los sectores más conservadores acaban hastiados del prelado en cuestión, porque lo que no se pierde por su posible riesgo en una pastoral más «en salida», se acaba frustrando con la animadversión que entre el resto de los curas y las camarillas de las que se rodean para que en todo les consientan. Y de esto es responsable primera la nunciatura y, por lo tanto, Roma, pues en décadas no han sabido dotar a la iglesia española de un episcopado capacitado para el momento que vivimos, lo cual es especialmente grave desde hace ocho años, que está este papa, pues sus líneas programáticas en clave

evangelizadora están claras, pero no basta con poner perfiles pro - francisco en las grandes diócesis. La mayoría de las otras diócesis están en un estado pastoral y de gobierno lamentable.

No hace falta citar ejemplos porque, al contrario de la mala índole que gastan los medios de la caverna, todavía debe prevalecer la caridad y el amor a la Iglesia, pero son muchas las diócesis que cuentan con obispos que no tienen opinión propia y, por ello, se dejan manipular por una o varias personalidades de sus respectivas curias. Lo malo es cuando acaba descubriéndose que eran más personajes que personalidades. Y entonces, se destapa un derroche aquí, un nombramiento incongruente allá y mucha, muchísima inquina sembrada en el presbiterio del lugar. Ahora, que cada uno ponga nombres, pero no se trata de una cuestión de bandos o partidos, sino de una clarísima inoperancia pastoral que está lastrando la evangelización por preferir la continuidad de lo pretérito y el encastillamiento en una ortodoxia meramente formal. Y así hemos llegado hasta aquí. Un nuncio vendrá y otro se irá, pero las corrientes de aire por las que se mueve el Espíritu Santo las siguen ventilando los mismos actores y con los mismos resultados: una Iglesia, la española, gobernada por ultramontanos en lo teológico y, lo que si cabe todavía es peor, pésimos pastores.



LOS LAICOS, PRESIDENTES EXCEPCIONALES DE LA EUCARISTÍA Y DE LA COMUNIDAD

*La propuesta revolucionaria
del teólogo Hans Küng*



Jesús Martínez Gordo ()*

Estos últimos tiempos, presididos por la pandemia del coronavirus, he podido leer diversas propuestas referidas a superar el «ayuno eucarístico» al que, por fuerza mayor, nos vemos llevados de diferentes maneras. Leyendo tales aportaciones he recordado cómo fue Hans Küng el primero que afrontó, en el tiempo inmediatamente posterior a la finalización del concilio Vaticano II, la posibilidad de articular el actual modelo de presidencia de la eucaristía -y, por ello, de la comunidad cristiana-, con otro, que, referido a circunstancias extraordinarias, pasara por un laicado asumiendo dicha presidencia de la eucaristía y de la comunidad («La Iglesia», Barcelona, 1968, 461-525)¹.

Según el teólogo suizo, que los laicos presidieran la eucaristía era una posibilidad que -habiendo sido real en las comunidades paulinas o helénicas de primera hora- estaba llamada a ser recuperada, siempre que se dieran -y se respetaran- determinadas condiciones. Obviamente, la existencia -y posible

recuperación de esta praxis- tendría que llevar a reconsiderar la vigente teología sobre los sacramentos del orden y de la eucaristía, desmedidamente deudora de lo aprobado en el concilio de Trento o, por lo menos, a enriquecerla y completarla.

Con la formulación de esta propuesta se abrió un debate que presentó una doble vertiente, escriturística y dogmática. Escriturística, en primer lugar, porque se discutió si, efectivamente, era una posibilidad que se había dado en los primeros tiempos de la Iglesia, sobre todo, en las comunidades paulinas de primera hora. Y dogmática, porque hubo teólogos que evaluaron la consistencia universal de la teología sobre el ministerio ordenado y la eucaristía, aprobada en Trento, y su capacidad para afrontar adecuadamente las urgencias de la comunidad cristiana en nuestros días. Su dictamen no dejó lugar a dudas: estuvieron de acuerdo en que era procedente tomar en consideración la propuesta

(*) *Jesús Martínez Gordo es doctor en Teología Fundamental y sacerdote de la Diócesis de Bilbao. Profesor de la Facultad de Teología de Vitoria-Gasteiz y del Instituto Diocesano de Teología y Pastoral de Bilbao. Es miembro del Cento "Cristianisme i Justícia",*

de H. Küng, aunque no la compartieran; y, menos, en todos sus extremos.

LA FUNDAMENTACIÓN ESCRITURÍSTICA

El nudo gordiano de su aportación descansaba en la existencia -al parecer, incontestable- de dos maneras de organizarse de la primera Iglesia: la helénica, de la gentilidad o paulina de primera hora y la palestinese o judeocristiana.

Las comunidades paulinas de primera hora habrían estado cimentadas -al decir de H. Küng- en «el carisma del Espíritu». Tal fundamento explicaría, en primer lugar, que la autoridad hubiera sido concebida y vivida como obediencia de todos a Dios, a Cristo y al Espíritu que se visualiza en la mutua y libre subordinación, es decir, en el libre servicio de todos a todos y en la libre obediencia al carisma propio y del otro, que es distinto en cada caso. No habría habido, por tanto, un acatamiento unilateral, sino condicional: mediado por el respeto al carisma que el Espíritu había entregado a cada uno de los miembros para el bien de todos.

Así entendida, la autoridad no descansaría ni en el poder de la comunidad o del apóstol ni en la propia decisión personal, sino, sobre todo, en la obediencia al servicio que objetivamente prestan los diferentes miembros: «lo que da autoridad en una comunidad no es un estado determinado, ni una tradición especial, ni la edad avanzada, ni la larga pertenencia a la Iglesia, ni una transmisión del Espíritu, sino el servicio mismo ejecutado por obra del Espíritu». Se trataría, obviamente, de un servicio que -más tarde o más temprano- habría de ser reconocido como carisma del Espíritu por la comunidad cristiana.

Además, la centralidad del Espíritu con sus carismas explicaría, en segundo lugar, que en estas primeras comunidades paulinas no hubiera existido un episcopado monárquico ni un presbiterado ni ordenación alguna, es decir, que

no hubiera habido una estructura jerárquica.

Era sumamente importante recordar que la ausencia de un episcopado monárquico, del presbiterado y de una ordenación -apuntó H. Küng- no nos permitiría sostener que estas comunidades fueran incompletas, inacabadas o provisionales. Ni mucho menos. Pablo estaba convencido de que, al encontrarse llenas del Espíritu y de sus dones, poseían todo lo que necesitaban.

Las comunidades palestinese, a diferencia de las paulinas, habrían estado estructuradas jerárquica y ministerialmente. Los «presbíteros» y los «episcopos» habrían desempeñado tareas y funciones exclusivamente reservadas a ellos y habrían tenido un papel muy relevante que no descansaría en el poder de la comunidad, sino en la autoridad que los apóstoles habían recibido de Jesús.

Pues bien, concluyó H. Küng su argumentación escriturística, «ninguna de las dos formas fundamentales de la primitiva constitución cristiana puede ser tenida por forma originaria, sino que ambas, por lo menos por sustitución, se dieron juntas desde el principio».

Por tanto, la investigación histórica y exegética llevaría a sostener la existencia simultánea de las comunidades paulinas de primera hora (carismáticas) con las judeocristianas o institucionalizadas.

LA NECESIDAD DE UNA REVISIÓN DOGMÁTICA

Esta diferenciada manera de organizarse sería sumamente importante -sostuvo H. Küng- porque permitiría percatarse de lo «espantosamente grande» que es la distancia entre la Iglesia actual y «la constitución primigenia». Y es esa percepción la que tendría que llevar a la Iglesia de nuestros días a preguntarse por la fidelidad de su actual forma organizativa a la de los orígenes, por más que ande sobrada de argumentos con los que justificar su actual estructuración. Sin embargo, tales explicaciones

no podrían ocultar la incómoda historia en la que se sostiene ni el rubor que brota cuando se la contrasta con la riqueza y pluralidad de los primeros tiempos.

LOS LAICOS, PRESIDENTES EXTRAORDINARIOS DE LA EUCARISTÍA

El estudio exegético y el análisis de las decisiones dogmáticas adoptadas a lo largo de la historia permitirían abordar -señaló H. Küng- la pregunta que estaba en el origen de su aportación: si era cierto que en Corinto sólo había carismas, que no existían -aparte del Apóstol Pablo- ni «episcopos» ni «presbíteros». Si también lo era que se trataba de una «comunidad provista de todo lo necesario, bien dotada con predicación de la palabra, bautismo, cena del Señor y con todos los servicios» y que sólo después de la muerte de Pablo se impuso la constitución presbiteral-episcopal de la Iglesia, entonces, era difícilmente cuestionable la legitimidad de otra manera -igualmente válida y plena- de organizarse y constituirse la comunidad cristiana.

Con el reconocimiento de semejante posibilidad -apuntó seguidamente- no se pretendía trastornar la constitución actual de la Iglesia o defender un retorno unilateral al modelo de Corinto, sino mostrar que la Iglesia posterior no debía excluir por principio la constitución paulina de la comunidad cristiana, es decir, «una ordenación carismática de la comunidad sin particular institución en el ministerio (ordenación)».

Evidentemente, semejante constitución era algo excepcional. Sin embargo, su excepcionalidad no estaba reñida con su bondad -y hasta necesidad- en una situación misional extraordinaria como fue la de Pablo en sus primeros años y como es la nuestra en la actualidad. ¿Puede la Iglesia impedir -se preguntó H. Küng- que suceda otra vez lo que un día aconteció en Corinto y en otras iglesias

paulinas, es decir, que, por la libertad del Espíritu de Dios, aparezca el carisma del gobierno? Cualquier teología interesada en la ordenación y sucesión apostólica especial de los pastores, está obligada a reflexionar a partir del fundamento exegético explicitado.

Y, precisamente, por ello, estaría urgida a responder a la siguiente pregunta: ¿qué sucedería si un cristiano o una cristiana, que se halla en una situación excepcional, reúne -por impulso del Espíritu Santo y gracias a su personal testimonio- un pequeño grupo y bautiza y celebra con ellos la cena del Señor? Esta persona, que no ha recibido una misión especial por parte de las autoridades jerárquicas, ¿no puede ser, sin embargo, como en las iglesias paulinas, un responsable carismático? ¿Sería válida su eucaristía, como la de los corintios en ausencia de Pablo? Los ministros ordenados, cuando se encontraran con él, ¿podrían negarle el reconocimiento? Hay que estar de acuerdo, sentenció H. Küng, en que éstas son, por lo menos, cuestiones discutibles.

Pero se podía ir un poco más lejos. Podríamos encontrarnos, señaló el teólogo suizo, con personas que prescindieran de estos resultados exegéticos y prefirieran abordar la cuestión en términos estrictamente dogmáticos. Pues bien, volvió a preguntar H. Küng, en una Iglesia en la que todo cristiano puede, «en caso de necesidad», bautizar y, en opinión de muchos teólogos, también absolver, ¿no habría que pensar la posibilidad, igualmente, de una ordenación y una eucaristía «en caso de necesidad»?

No podemos olvidar, más allá de la argumentación apoyada en la excepcionalidad -concluyó nuestro autor- que en su propuesta lo decisivo eran los resultados que arrojaba la investigación exegética y, por ello, la acción libre del Espíritu de Dios y de sus carismas. Y, a su luz, la necesidad de reconocer la ortodoxia de que un laico presidiera de manera extraordinaria la eucaristía y la comunidad y, por ello, la existencia de una nueva vía de acceso -cierto que igualmente extraordinaria- al presbiterado.

EL DEBATE POSTERIOR

La propuesta del teólogo suizo fue objeto de un doble y complementario debate sobre su consistencia escriturística y sobre su solidez dogmática, antes y después del sínodo de 1971.

El «*Monitum*» de la Congregación para la Doctrina de la Fe

El 15 de febrero de 1975 la Congregación para la Doctrina de la Fe publicó -por mandato del Papa Pablo VI- una Declaración aprobada por el mismo Papa el día anterior en la que se informaba de que H. Küng mantenía -en diferentes grados- algunas opiniones que se oponían «a la doctrina de la Iglesia que debe ser profesada por todos los fieles». Concretamente, señalaba que «la opinión sugerida por el profesor H. Küng en el libro ‘La Iglesia’ y según la cual la eucaristía, al menos en casos de necesidad», podía «ser consagrada válidamente por bautizados carentes de la ordenación sacerdotal», no podía «estar de acuerdo («*componi nequit*» – «no può accordarsi») con la doctrina de los concilios Lateranense IV y Vaticano».

Seguidamente la Congregación comunicaba que H. Küng había manifestado -mediante carta- su voluntad de armonizar -después de un tiempo de estudio- sus opiniones con la doctrina del magisterio auténtico de la Iglesia. Por eso, la Congregación se limitaba, de momento y por mandato del Papa, «a amonestarle» («*monet*») para que no continuara «enseñando tales opiniones» y le recordaba «que la autoridad eclesiástica» le había «confiado la tarea de enseñar sagrada teología en el espíritu de la Iglesia y no opiniones que destruyen esta doctrina o la cuestionan».

EL REALISMO DE LA UTOPIA

La excepcional situación de «ayuno eucarístico» en el que, según países y momentos, estamos sumidos, no solo abre el debate sobre la celebración y participación sacramental en la era telemática, sino que también reabre la cuestión de la presidencia de las iglesias -en este caso, domésticas- que son muchas familias o pequeñas comunidades y, por tanto, de la eucaristía. Y, a la vez, la necesidad de articular el magisterio ministerial de la Iglesia y el «*sensus fidelium*» que, fundado en el bautismo, cuaja en una Iglesia, a la vez corresponsable y sinodal.

Visto lo sucedido en el Sínodo de la Amazonía y en su «singular» recepción papal («Querida Amazonía», 2020), supongo que habrá que esperar algunos papados para que algo de esto sea provechosamente debatido. Pero, en todo caso, no está de más recordarlo «a tiempo y a destiempo, con ocasión y sin ella», aunque no falten quienes sostengan que esto es «eclesiología ficción».

A diferencia de ellos, sigo entendiendo que las utopías de hoy son las evidencias de mañana. Y porque lo creo, escribo estas líneas, a medio camino entre el recuerdo agradecido por lo ya andado y la invitación a no olvidar un debate que nos permita anticipar el futuro al que estamos convocados: algo, que, cada día que pasa, se me antoja mucho más realista que agarrarse como lapas a un Concilio que, como el de Trento, necesita ser sometido a una radical revisión o, cuando menos, a hacerlo compatible con otro modelo extraordinario de presidencia de la eucaristía y de la comunidad.

1 Quien esté interesado en los pormenores de esta aportación puede consultar: J. MARTÍNEZ GORDO, «El laico, presidente de la eucaristía y de la comunidad»: SURGE Vol. 72 N.º 685-686 (2015) 657-709

entrelíneas



Pepe Laguna

DESCONFÍO DE LOS SACERDOTES

El parto de este «*Entrelíneas*» no ha sido fácil, son muchos días huyendo de la página en blanco. Hace años que los asuntos relacionados con el sacerdocio ministerial no forman parte de mis intereses vitales; es más, las cuitas clericales me aburren soberanamente, habitan un mundo del que me siento tremendamente lejano y del que solo me llegan sopores letárgicos.

No sabía qué escribir para este número de Tiempo de Hablar dedicado a una revisión crítica del sacerdocio, hasta que cayó en mis manos el artículo de Javier Cercas del País dominical del pasado 21 de febrero titulado «¡Viva la ley, abajo la autoridad!». El articulista comienza preguntándose por su desconfianza visceral hacia los políticos para concluir que se trata de un recelo connatural a la democracia. La democracia -dirá- se basa en desconfiar en los políticos; es decir en desconfiar del poder.

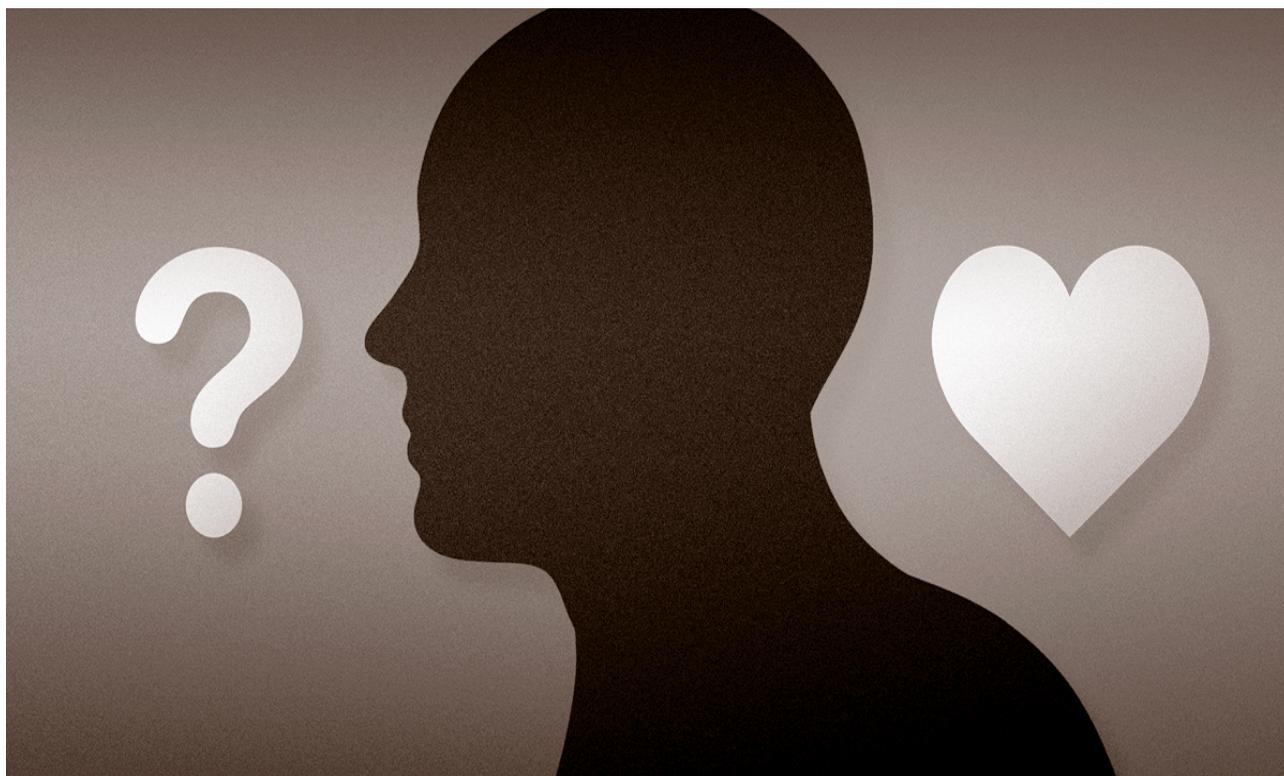
Javier Cercas había escrito mi *Entrelíneas*, basta con sustituir «político» por «sacerdote», y «ciudadanos» por «creyentes» para expresar con la brillantez literaria que yo no poseo, el porqué debemos desconfiar del estamento sacerdotal. Haced el ejercicio de intercambiar los términos y juzgar por vosotros mismos: «Esto se explica por la naturaleza misma del poder, que es, por definición, como el dinero, insaciable: igual que el dinero quiere siempre más dinero, el poder aspira siempre a acumular más poder. De ahí que cualquier poder, sea del signo que sea, tienda a ser absoluto, y que cualquier político contenga en germen un tirano, o al menos un tiranuelo. La democracia es el mejor sistema inventado de momento para frenar esa doble, innata y letal propensión, y se fundamenta precisamente en la división de poderes; ésta no es más que la institucionalización de la desconfianza en el poder y quienes lo ejercen: cada uno de los tres poderes democráticos -ejecutivo, legislativo y

judicial- controla a los otros dos porque desconfía de ellos, o sea, porque teme con razón que, dejados a su arbitrio, acabarían engulléndolo todo y convirtiéndose en absolutos; dicho de otro modo: la democracia se basa en que todos los poderes piensan mal de todos, y todos tienen razón. Ese equilibrio de fuerzas contrapuestas nos protege de la voracidad del poder y quienes lo ejercen, pero eso es completamente insuficiente si a la desconfianza institucional no se añade la individual: si no entendemos que en una democracia no son los ciudadanos los que están al servicio del poder sino el poder el que está al servicio de los ciudadanos, si no mantenemos una vigilancia inflexible frente a su avidez inagotable y no conseguimos que las leyes -que nos igualan a todos y constituyen por lo tanto frente a los dueños del poder y el dinero- estén a nuestro servicio, y no al de quienes cada cuatro años elegimos para elaborarlas».

Admito que para que el relato hubiese quedado redondo, necesitaría encontrar

paralelismos para los términos «democracia», «división de poderes» e «igualdad» desgraciadamente ausente en el ecosistema eclesial; pero no me negaréis que la crítica al poder de los políticos le sienta como un guante al poder de los sacerdotes. Si la democracia necesita desconfiar de sus políticos, la Iglesia necesita desconfiar de sus sacerdotes. Y en ausencia de división de poderes en su configuración interna, son imprescindibles movimientos críticos, como este del MOCEOP, que mantengan una señal continua de alerta ante las dinámicas absolutistas que anidan en la jerarquización clerical que gobierna la Iglesia actual.

Como no todo va a ser plagiar a J. Cercas, termino haciendo el esfuerzo de traducir el título de su artículo. Allí donde él pone «¡Viva la ley, abajo la autoridad!», yo propongo «¡Más reino de Dios, menos sacerdocio!». Para el próximo número prometo esforzarme más.



latinoamérica

TAREA PENDIENTE DE LA IGLESIA

Nuestra Iglesia Católica está en deuda con el tema o problema de los sacerdotes casados y el Celibato opcional. Es un tema pendiente que se arrastra desde hace mucho tiempo y siglos.

Es en realidad un tema que parece no se va a resolver a corto plazo, si bien el celibato no es un dogma de fe sino un reglamento de la Iglesia.

Nosotros los sacerdotes casados sabemos y entendemos muy bien, gracias a nuestra paciencia, pero no podemos aceptarlo porque no se adapta a la realidad del siglo XXI, ni a sus orígenes.

La Jerarquía eclesial no ha sabido ni se ha adoptado a los tiempos cambiantes con sus cambios de mentalidad, permaneció en silencio frente a los problemas de los sacerdotes siendo cómplice no aceptando y enfrentando los problemas serios ya sean emocionales, afectivos y sexuales e incluso de fe.

Ha tenido una actitud de conformismo, falta de voluntad, de deci-

siones y coraje frente a los cambios .

Creemos que un cambio de mentalidad es posible porque creemos en la Gracia del Espíritu Santo.

Lo más importante es la Evangelización y que «La misión principal de la Iglesia es la salvación de las almas»

Estamos llamados a DIALOGAR sin miedos, a tratar esta inquietud sin hipocresías, conforme a nuestra realidad, con mucha caridad y sin confrontación y sentido común, buscando la solución que sea bendiciones para nuestra decaída Iglesia.

Por nuestra parte, la Federación Latinoamericana de sacerdotes casados, seguiremos con buena voluntad adelante con fe y optimismo hasta que se reivindique nuestra justa petición, para bien de nuestra amada Iglesia.

En San Fabián de Alico, Chile, 24 febrero 2021
Sebastian Cózar Gavira,
presidente de la Federación Latinoamericana de sacerdotes casados.



En San Fabián de Alico, Chile

testimonio

Fernando Bermudez



DIÁLOGO INTERRELIGIOSO PROCESO DE UNA EXPERIENCIA (II)

INTRODUCCIÓN

Desde el silencio de mi retiro en la huerta murciana evaluo mi propia experiencia religiosa y espiritual, no antes sin observar el fenómeno religioso global. El anhelo de felicidad y de búsqueda de trascendencia existe en todas las culturas y épocas desde el comienzo de la humanidad. Hombres y mujeres de todos los continentes y de todos los tiempos han pensado que el ser humano no es la medida de todas las cosas.

Pienso que el futuro de la humanidad apunta hacia un encuentro intercultural, hacia un pluralismo y diálogo interreligioso y hacia la reconstrucción de la espiritualidad como alma de las distintas tradiciones religiosas, de manera que, sin perder la propia identidad, todas las religiones se alíen al servicio de una nueva humanidad más justa y fraterna y de un planeta más limpio.

Muchas personas y comunidades hemos logrado liberarnos del dogmatismo religioso por el que nos creíamos los únicos poseedores de la

verdad. Así fuimos educados. Hoy nos vamos abriendo a la pluralidad y al conocimiento de las otras confesiones religiosas con una actitud de respeto y veneración, reconociendo que en ellas también actúa el Espíritu de Dios. De este modo nos disponemos a saborear la riqueza espiritual que encierra cada tradición religiosa. En cada una de ellas hay parte de la verdad y son caminos que llevan a la búsqueda de la Fuente de la Vida. Antes se decía «fuera de la Iglesia no hay salvación», ahora vamos reconociendo que todas las religiones son caminos de salvación, todas son mediaciones distintas y diversificadas que nos llevan a Dios.

Lamentablemente, en muchos lugares todavía se vive una religiosidad fundamentalista y exclusivista, que a algunos los lleva, en nombre de Dios, a actitudes agresivas y violentas contra aquellas personas que no son de su creencia o ideología. El país de Guatemala fue testigo de un presidente, el general Ríos Montt, que en nombre de Dios masacró a miles de campesinos.

Y en Oriente Medio, África y Europa se han sufrido, y se sufre todavía, atentados terroristas perpetrados por grupos salafistas en nombre de Allah. Históricamente, las religiones han sido causa de división y violencia. Y en muchos lugares todavía dividen a la humanidad. Urge un cambio de rumbo y una nueva visión pluralista, de respeto y tolerancia de manera que las religiones sean fuente de unión y no de división y que realice el milagro, como señala la Asociación Ecuménica de Teólogos/as del Tercer Mundo, de convertirlas en colaboradoras de la búsqueda del bien común universal. Más adelante abordaré este desafío.

No podemos absolutizar ninguna creencia religiosa. Cada una responde al momento histórico y cultural en que surgió. Si yo soy cristiano católico es porque nací en España, si hubiera nacido en Suecia tal vez sería cristiano luterano, si hubiera nacido en Arabia sería musulmán, si hubiera nacido en India sería hindú, si hubiera nacido en Japón sería budista y si hubiera nacido en una familia de la comunidad baháí profesaría esta fe. Es por eso que el diálogo interreligioso nos desafía a abrirnos a la pluralidad para no aferrarnos a nuestro trozo de verdad como si fuera el único y absoluto. La apertura al misterio de Dios, que es tan rico e inabarcable, se expresa de muchas maneras. El Espíritu de Dios ha inspirado distintos caminos por los cuales los seres humanos podemos ir hacia Él, como señala la teóloga Geraldina Céspedes. Cada hombre y mujer es un reflejo de la divinidad, un trozo de Dios amasado en barro, una luz de infinito escondida en la historia, una flecha lanzada al futuro con ansia de eternidad. «Inquieto estaba mi corazón hasta que te hallé», exclamaba Agustín de Hipona.

Al asumir el diálogo interreligioso considero que es necesario hacer un análisis de la propia experiencia para ver cómo se ha desarrollado y evolucionado nuestra conciencia frente a este fenómeno. Las experiencias personales, con sus aciertos y desaciertos, son

únicas. Se podrá estar de acuerdo o en desacuerdo, pero no se discuten, sencillamente se respetan. Uno puede tener convicciones que son diferentes de las que tienen otras personas, de ahí la necesidad de la tolerancia que implica respeto a la diferencia. Toda experiencia, sin duda, puede aportar luz en el proceso de otras personas.

LA RELIGIOSIDAD EN LA QUE YO ME EDUQUÉ

Nací en la postguerra española, en el año 1943. En mi niñez y adolescencia me eduqué en el más férreo nacionalcatolicismo. En la escuela del pueblo cantábamos «Montañas nevadas, banderas al viento», un canto que reflejaba el ambiente de la época. En el mes de mayo celebrábamos las «Flores a la Virgen María» e incluso recuerdo que algún día rezábamos el rosario. Cuando los maestros y el párroco nos hablaban de los protestantes, judíos, masones y comunistas nos los dibujaban como si fueran demonios, enemigos de nuestra fe católica. El cura nos decía que fuera de la Iglesia no hay salvación, es por eso que a los no católicos los veíamos como infieles, condenados al infierno. En las campañas del Domund se presentaban las «misiones» como un ir a convertir a los infieles a la fe católica. Asimismo, se nos decía que si un niño muere sin bautismo no va al cielo sino al limbo. El Decálogo se reducía al sexto mandamiento y apenas se hablaba de los pecados del quinto mandamiento. Nos enseñaban a creer al pie de la letra lo que narra la biblia: la creación del mundo en siete días, la formación de Adán y Eva, la serpiente que hablaba..., sin ninguna explicación hermenéutica ni catequética. Nos presentaban a un Dios justiciero, que castiga a los malos y también a los buenos si se descuidan. Era una formación fundamentalista, rigorista, dogmática y exclusivista. Esta concepción de la vida y de la religión la mantuve durante casi toda mi adolescencia. Después, en el colegio de jesuitas donde estudié fui descubriendo

pausadamente el rostro misericordioso de Dios.

CAMINOS HACIA EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

En la víspera de navidad de 1963, estando en el noviciado jesuita de Aranjuez, asistí a una conferencia sobre la encíclica *Pacem in Terris* del papa Juan XXIII. Seguía con interés el desarrollo del Concilio Vaticano II que me fue abriendo nuevos horizontes en la fe. Me entusiasmé con la figura profética y mensaje de Juan XXIII, su apertura al mundo, su actitud de diálogo y su bondad. Después leí la encíclica *Ecclesiam suam* de Pablo VI que es una apuesta por el diálogo y por la cultura del encuentro. Por esa época leí, asimismo, los libros «Hacia el hombre» del Abate Pierre, «Todos los hombres son hermanos» de Mahatma Gandhi y la vida de Carlos de Foucauld de Jean Francois Six. Me impactó la figura del pastor bautista Martin Lutherl King, asesinado el 4 de abril de 1968. Es así como comencé a tomar otra actitud de respeto hacia las otras confesiones religiosas. Años más tarde profundicé en la espiritualidad de san Francisco de Asís con la lectura de «Sabiduría de un pobre» de Eloi Leclerc y «Francisco de Asís, Ternura y vigor» de Leonardo Boff. Al *Poverello* de Asís y a Carlos de Foucauld los considero prototipos de

cristianos abiertos al diálogo interreligioso.

En el verano de 1968 hice un curso en Barcelona para profesores de Religión. Utilizábamos, entre otros materiales, las Fichas de Cultura Religiosa «Mesa Redonda» de Pierre Dentin. Uno de los capítulos que más me impactaron fue el de Religiones y Cristianismo. Ahí estudiábamos el Hecho Religioso, el hinduismo, el budismo, el Islam y el cristianismo (católico, ortodoxo, luterano, calvinista, anglicano, bautista...). Ejercí de profesor de religión en el colegio jesuita de Villafranca de los Barros, Badajoz (1968-1973) a la par que fui profundizando en el estudio de las distintas confesiones religiosas. Estando en este colegio leí el libro «Yo creo en la Esperanza» de José M^a Diez-Alegría. Me ayudó a superar la religiosidad ontológico-culturalista para pasar a la religiosidad ético-profética. Desde entonces fui haciendo una lectura liberadora del Evangelio, tomando como ejes transversales la parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37) y la sentencia del juicio a las naciones (Mt 25,31-46). El compartir comunitario, la opción por los pobres, la práctica de la misericordia, la compasión, el amor y la justicia más allá de los credos religiosos fueron claves en mi vida como creyente en Jesucristo (Mt 23,23).



Después de cinco años marché a Madrid a estudiar teología en la facultad de San Dámaso donde tuve profesores de gran talla como Ana María Schlüter (ecumenismo), Juan Martín Velasco (el Hecho religioso), Ricardo Alberdi (cristianismo y marxismo) y Fernando Urbina (teología pastoral liberadora), de quienes aprendí que el camino del diálogo es el que nos hace profundamente humanos y cristianos.

En 1976 conseguí una beca de Secour Catholique para realizar un curso bíblico en Jerusalén. Ahí tuve la oportunidad de dialogar con judíos y musulmanes. Uno de mis profesores, Gerson, judío sefardí, que nos impartía Historia de Israel, me ayudó a penetrar en la cultura hebrea, en la Torá y en los profetas de Israel. Este profesor admiraba y valoraba a Jesús de Nazaret, no así a Pablo de Tarso. Al mismo tiempo entramos en contacto con los musulmanes que trabajaban en la «Casa de Abrahán», al otro lado del torrente Cedrón al pie del Monte de los Olivos, donde residíamos los estudiantes. Un día programamos una peregrinación a pie desde Jerusalén hasta Hebrón. Nos acompañaron dos palestinos, uno cristiano y otro musulmán. Después de muchas horas de camino entramos en la mezquita de los Patriarcas. Directos nos dirigimos, desafiando el cansancio de la caminata, a la tumba de Abrahán y Sara. Multitud de creyentes, musulmanes, judíos y cristianos de las distintas Iglesias nos unimos en silencio en una sola plegaria ante el padre del monoteísmo. En mi interior me interrogaba sobre el porqué de las discordias entre estas confesiones religiosas cuando todos tenemos el mismo padre Abrahán y el mismo Dios. Ahí afiancé mi compromiso de trabajar por el diálogo, el respeto y la armonía religiosa como base para la paz.

Por aquellos años visité por primera vez la comunidad ecuménica de Taizé. Fue una experiencia de encuentro interreligioso. Creyentes de todas las confesiones e incluso no creyentes, sobre todo jóvenes, con hambre de espiritualidad se encontraban con el hermano

Roger, un gran profeta de nuestro tiempo. En un clima de silencio, contemplación y oración se desarrollaba la mística de la fraternidad universal y la paz.

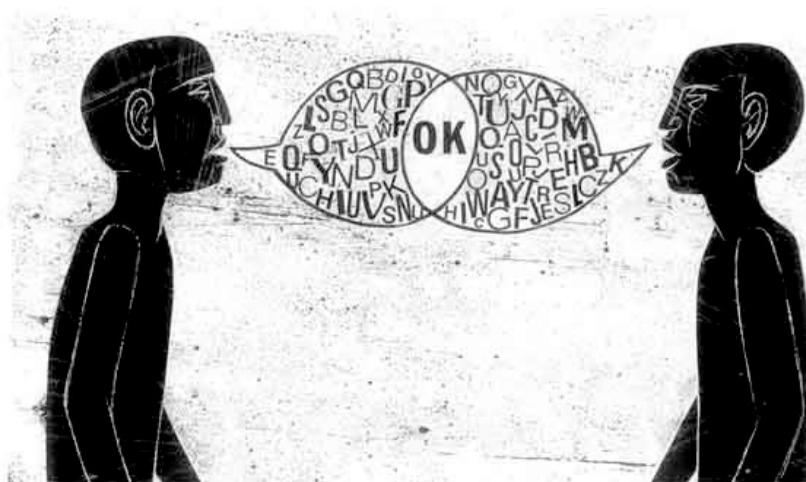
DIÁLOGO CON LOS NO CREYENTES

Cinco años viví en Vallecas, en la marginal barriada de Palomeras, en una comunidad cristiana del Movimiento Apostólico Seglar (1974-1979). Trabajaba en un ambulatorio (centro de salud) y estudiaba teología hasta que fui ordenado sacerdote por el obispo Alberto Iniesta. En aquellos años me relacioné con personas no creyentes, militantes del Partido Comunista y de la Organización Revolucionaria de Trabajadores, hombres y mujeres de una gran talla humana y ética, amantes de la justicia y la libertad, entregados al servicio de los pobres y respetuosos con las opciones religiosas del pueblo. Con ellos comprendí que tanto creyentes como no creyentes podemos trabajar juntos por la construcción de una nueva sociedad sin clases, donde todos y todas vivamos como hermanos, porque como decía uno de ellos «entre hermanos de una misma familia no hay clases sociales, todos comparten y se ayudan en sus necesidades». Yo le dije que en la comunidad de Jesús, según nos dice el libro de los Hechos de los Apóstoles, «nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo lo tenían en común y se repartían según la necesidad de cada uno» (Hch 4,32-35), y él me dijo: totalmente de acuerdo pues Carlos Marx en uno de sus escritos señaló «de cada uno según su capacidad y a cada quien según su necesidad». Así fui abriéndome al diálogo con ateos y agnósticos. Sin embargo, también me encontré con personas marcadamente ateas y anticlericales con las cuales no era posible entablar un diálogo sobre asuntos religiosos. A veces no les faltaba razón cuando afirmaban que las religiones han sido un arma de dominación de las clases dominantes. Me ayudó a comprender el fenómeno del ateísmo algunos escritos del Padre Arrupe

cuando decía que hay cristianos conformistas de fe muerta, de actitudes farisaicas e incluso explotadoras e inhumanas, que en la práctica son ateos y escándalo para los no creyentes.

En Marzo de 1976 un grupo de trabajadores que fueron despedidos de una fábrica hicieron una huelga de hambre en la i;

Vallecas, Alberto Iniesta. Durante once días permanecieron sin ingerir alimento alguno en señal de denuncia. Concluyó la huelga con una celebración de la eucaristía presidida por el obispo. Estábamos todos en círculo sentados en el suelo. Participaron también en la celebración dirigentes sindicalistas. Entre todos se comentó aquella lectura del Éxodo que describe la liberación del pueblo oprimido por el faraón (Ex 3,7-10), y a continuación se leyó y comentó la parábola del buen samaritano (Lc 10,30-37). Hubo un clima de libertad, fraternidad y confianza. Cada quien fue expresando lo que le salía del corazón. El abrazo de paz fue una expresión sentida de solidaridad con los trabajadores en huelga de hambre. En el momento de la comunión un sindicalista levantó su voz para confesar que no era creyente, pero que se había sentido tan unido a los creyentes, que deseaba si se le permitía, comer también del mismo pan y beber el vino de la misma copa, como símbolo de unidad en la lucha por una sociedad más justa y fraterna. Apenas terminó de hablar, otra compañera manifestó que también ella se encontraba en la misma situación. Todas nuestras miradas, incluida la del obispo Alberto Iniesta, expresaron su consentimiento. Parfraseando el libro de los Hechos de los Apóstoles, se puede decir que los creyentes nos quedamos atónitos al comprobar que el Espíritu



no creyentes. Por eso la reacción de los allí presentes fue similar a la de Pedro (Hch 10,44). Cuando tomé el Cuerpo y la Sangre de Cristo me sentí tan unido a todos, creyentes y no creyentes, que no dudé en afirmar que allí actuaba el Espíritu de Dios a través del testimonio de nuestra fe. Allí se realizó una auténtica comunión, fruto de un diálogo vital.

En 1978, recién ordenado sacerdote tuve la oportunidad de visitar al poeta Marcos Ana quien hacía poco tiempo había salido de la cárcel gracias a Amnistía Internacional. Este hombre estuvo 23 años encarcelado por su militancia comunista. Me impactó su profundidad humana. Después de haber sido torturado salió de la prisión tendiendo la mano y perdonando a sus torturadores. Mi venganza es el perdón, decía. Me confesó que admira a Jesucristo y respeta a los creyentes que están al lado de los pobres. Puso como ejemplo al Padre José María Llanos, jesuita que vivía en el Pozo del Tío Raimundo, una barriada de chabolos. Y confesó: «Yo no soy creyente, pero no estoy en contra de la religión. Creo en los hombres y mujeres que tienen fe en Dios y ayudan a los demás. Yo no lucho contra Dios. Yo lucho contra la injusticia y contra quienes utilizan a Dios para explotar y oprimir a los pobres y enriquecerse a costa de ellos». Marcos Ana me dio una lección de diálogo entre creyentes y no-creyentes.

un grano de sal



Deme Orte

¿SACERDOTES?

La palabra sacerdote se refiere a personas dedicadas a lo sagrado. En concreto, en la Iglesia Católica, la persona que recibe la ordenación para administrar los sacramentos, especialmente la Misa, anunciar el Evangelio (predicar) y orientar espiritualmente a sus fieles. Son referencias religiosas, de relación con lo sagrado, desde una estructura eclesial, desde una religión. La palabra sacerdote se aplica a la persona -exclusivamente varón- que ha recibido el sacramento del Orden por parte de un obispo, entrando así a formar parte del clero, sea este secular (diocesano) o regular (religioso). También se le llama presbítero o más popularmente «cura».

Jesús no fue sacerdote. Era un judío piadoso y profundamente religioso, que participaba en la religión de su pueblo como uno más. No pertenecía a la tribu de Leví, que era la de los sacerdotes, y no ejerció ninguna función sacerdotal en el Templo, ni culto ni sacrificios. Su vivencia crítica con la religión, poniendo a las personas por encima de las leyes religiosas, le llevó a un progresivo conflicto con las autoridades religiosas, los Sumos Sacerdotes, que desembocó en su condena y muerte.

Jesús no fundó ninguna religión ni estableció ninguna iglesia ni ordenó ningún sacerdote, ni obispos ni papa. Él vivió y anunció el que llamaba «Reino de Dios», propuso una relación filial con Dios reconocido como Abba y propuso una forma de vivir basada en el amor. Aglutinó en su entorno un grupo de discípulos y discípulas a quienes transmitió su mensaje y encargó difundirlo.

UN POCO DE HISTORIA.

En las primeras comunidades cristianas tampoco había sacerdotes, ni templos, ni religión propiamente dicha. Sí había comunidades con distintos carismas y funciones, con dirigentes y responsables. La referencia a Jesús y su mensaje, su memoria actualizada comunitariamente fue estructurando las comunidades, a medida que crecían y se expandían. Poco a poco se fue formulando una doctrina y unas pautas comunes.

El salto cualitativo de institucionalización del cristianismo fue cuando Constantino y Teodosio lo convirtieron en religión oficial del Imperio, convocaron concilios para definir la doctrina «ortodoxa» y crearon una estructura jerárquica similar a la del Imperio: ahí empezó el clericalismo propiamente dicho, al establecer un clero como «orden» superior que enseñara, gobernara y santificara al pueblo fiel.

Así ha sido durante siglos, casi inamoviblemente, aunque creciendo en poder y separación. La historia de la Iglesia ha sido un ir y venir de reformas y contrarreformas en esa tensión entre fidelidad al carisma del Evangelio y el Espíritu, e imposición del poder institucional y clerical: los diferentes monacatos y órdenes religiosas, las alianzas con los poderes del mundo: el Sacro Imperio, los Estados Pontificios, la Reforma Luterana, la Contrarreforma tridentina... Una historia de pulsos entre Evangelio y poder, carisma e institución. Los sacerdotes eran nombrados por el obispo y puestos en cargos con privilegios y prebendas.

El «Clero» era un estamento social junto con la nobleza y las familias ricas, por encima del pueblo llano del que recibían sustento a cambio de sus servicios religiosos. Con el Concilio de Trento se establecieron «seminarios conciliares» para formarlos con una misma doctrina y disciplina («fábrica de curas»).

En la sociedad española, especialmente durante el largo nacionalcatolicismo, la figura del sacerdote era presentada como una vocación sublime de entrega a los demás y servicio a la Iglesia, pero además era una figura social de prestigio (una carrera!) y de relieve social (con las «fuerzas vivas» del alcalde y la guardia civil). Se le suponía una ejemplaridad y superioridad moral que aspiraba a la santidad, y hubo ejemplos heroicos. Pero que luego chocaba a veces con su afán de poder y dinero y su complicidad con la dictadura y las posturas más reaccionarias y degradadas («dobles vidas», pederastia...).

El Concilio Vaticano II, con la intuición del buen Papa Juan XXIII, supuso una apertura en la eclesiología de siempre: la comprensión de la Iglesia como Pueblo de Dios (Lumen Gentium) y su presencia profética en el mundo (Gaudium

***El «Clero»
era un
estamento
social junto
con la
nobleza y
las familias
ricas.***

et Spes) es un giro copernicano..., pero que desgraciadamente no se ha desarrollado en su plenitud. Enseguida vino el largo «invierno eclesial» de los pontificados de Juan Pablo II y Benedicto XVI que echó marcha atrás en las reformas propuestas. El sacerdocio clerical siguió ganando la baza al sacerdocio común de los fieles; el orden sacerdotal por encima del bautismo. Clericalismo puro y duro. Y en esas estamos todavía.

OTRA ECLESIOLOGÍA.

Un nuevo paradigma se abre paso en nuestro tiempo y afecta también a lo religioso y a lo cristiano. La cosmovisión de un mundo de lo alto (sobrenatural), en el «piso de arriba» que influye en el mundo de abajo, el mundano, es un esquema que no se sostiene con la modernidad. Un visión teísta, de un Dios Ser Supremo Todopoderoso, del espacio de lo sagrado, frente a un mundo profano, humano, natural... conduce a absurdos y paradojas en la comprensión racional y moderna del cristianismo: la Biblia como Palabra revelada de Dios, la Misa como sacrificio, la mitificación de María Virgen y Madre de Dios, el pecado original, los sacerdotes como personas sagradas o consagradas, la estructura toda de la Iglesia...

Hace falta otra teología y otra eclesiología. La eclesiología clerical de una comunidad radicalmente desigual entre clero y laicos no concuerda con la comunidad de creyentes y seguidores de Jesús.

Dice José María Castillo: «La Religión y el Evangelio son incompatibles. Por eso los dirigentes de la Religión condenaron y mataron a Jesús».

La «**Iglesia en salida**» que propone el Papa Francisco no puede ser la Iglesia del poder y la riqueza, y tampoco la Iglesia jerárquica y clerical que hace imposible una comunidad de iguales. «La Iglesia en salida es la Iglesia que deja de vivir bloqueada por los ritos y normativas de siglos pasados». (Castillo). La Iglesia que se repliega en sus instituciones y se atrinchera en su dogmatismo no puede ser buena nueva para el tiempo de hoy. No cabe ya una Iglesia de Cristiandad donde lo que importa es llenar templos y defender sus privilegios en una sociedad secularizada y en un Estado que ha de ser laico, aunque se diga sólo aconfesional. O la Iglesia se libera de esas ataduras o está atada de pies y manos para seguir a Jesús y vivir el Evangelio. La Iglesia «samaritana» y «hospital de campaña» no necesita poder sino libertad para servir.

La Iglesia de Cristiandad necesita sacerdotes para mantener la estructura clerical, para mantener el culto, la doctrina y el control de las conciencias. La Iglesia de Cristiandad es Iglesia de la Religión, pero no por eso del Evangelio.

La «Iglesia en salida» que propone el Papa Francisco no puede ser la Iglesia del poder y la riqueza.

Una Iglesia comunitaria lo que necesita es comunidades vivas y maduras. Una Iglesia pobre y de los pobres, sin poder, al servicio del Reino y de los últimos de este mundo necesita profetas y servidores. La Iglesia necesita una conversión radical al Evangelio, una renovación evangélica; y una presencia profética en el mundo para ser luz, sal, fermento y semilla del Reino.

Esa Iglesia no es desestructurada, pero tampoco puede ser una estructura clerical. Necesita cambiar del esquema «clerigos-laicos» que hace de la Iglesia una comunidad radicalmente desigual, a un esquema eclesial de «comunidad-ministerios», donde la base es una comunidad jesuánica de iguales y de ahí, por la vitalidad del Espíritu, surgen carismas y ministerios al servicio de la comunidad y del Reino.

SACERDOCIO COMÚN Y SACERDOCIO MINISTERIAL.

La igualdad de esa comunidad se fundamenta en el Bautismo que nos hace a todos y todas iguales en Cristo Jesús. El Concilio Vaticano II habla del «**sacerdocio común**» de todos los bautizados que nos hace partícipes del único sacerdocio, el de Cristo Jesús (LG 10). Pero el sacerdocio de Jesús no es el de la Religión. Jesús no fue sacerdote de su religión, ni ofreció culto ni sacrificios en el Templo. Su sacerdocio fue existencial: su propia vida fue el culto agradable a Dios y su donación total. La relación y comunión con Dios es directa, no necesita intermediarios. Y nosotros y nosotras, como hijos e hijas, tampoco necesitamos intermediarios con Dios nuestro Padre. La muerte de Jesús rasga el velo del Templo de separación entre lo profano y lo sagrado. Todo es profano y todo es sagrado. No hay Religión que lo separe. Sobra por tanto todo lo tenido como «sagrado»: ni templos, ni lugares, ni espacios, ni tiempos, ni objetos, ni personas... «sagradas» ni «consagradas» como distintas y separadas del resto. Todo es profano y sagrado a la vez: la vida, la dignidad, el amor, las personas...

El Concilio Vaticano II también habla del **Pueblo de Dios**, y después de la Jerarquía. El «sacerdocio común» se mueve en el plano de la koinonía (comunión); y el «sacerdocio ministerial» es eso: un ministerio, y se mueve en el plano de la diakonía (servicio). El episcopado y el presbiterado han de estar al servicio del Pueblo de Dios, no al revés. Pero la Iglesia jerárquica ha seguido olvidando y atrofiando la igualdad del Pueblo de Dios y consolidando e hipertrofiando la desigualdad del clericalismo: el sacramento del Orden se ha impuesto por encima del sacramento del Bautismo, y el «sacerdocio ministerial» por encima del «sacerdocio común», el clero por encima de la comunidad. Esa es la raíz del clericalismo que el Papa Francisco señala como una lacra, y que ha de ser superado si se quiere una renovación evangélica de la Iglesia. Pero

El Concilio Vaticano II habla del «sacerdocio común» de todos los bautizados que nos hace partícipes del único sacerdocio, el de Cristo Jesús.

paradójicamente el mismo Papa lo mantiene cuando pone veto a la ordenación de las mujeres o no acepta cuestionar el celibato como condición «sine qua non» para el ministerio.

LA ORDENACIÓN DE LAS MUJERES Y EL CELIBATO OPCIONAL.

Estas dos cuestiones -**la ordenación de las mujeres y el celibato opcional**- no son, aunque parezcan, secundarias. Sustentan una concepción clerical del ministerio que impide la radical igualdad de las personas bautizadas. Ambas son cuestiones meramente disciplinarias, sin fundamento bíblico ni teológico. «El celibato que primero se recomendaba a los sacerdotes, después fue impuesto por ley...» (P.O.16). Su cuestionamiento tampoco es meramente estratégico: podría convenir cambiar esas normas para solucionar la escasez de clero. No es cuestión de eso. Es cuestión de otro estilo de **ministerio no clerical**. El problema de la falta de clero no se soluciona ampliando las condiciones pero siguiendo con la misma concepción clerical. Para la Iglesia de Cristiandad puede ser que falten sacerdotes. Para la Iglesia comunitaria no faltan sacerdotes, lo que faltan es comunidades vivas y adultas. De ellas surgirían los ministerios que necesitaran. Es una pena que muchas comunidades, por ejemplo en la Amazonía, se vean privadas de poder celebrar la Eucaristía -fuente y centro de la vida cristiana- durante mucho tiempo por falta de sacerdotes. Miembros de esas comunidades -«viri probati» o mujeres líderes comunitarias- podrían ejercer ese ministerio si el Vaticano abriera la mano de las restricciones que lo impiden. La preparación del Sínodo de la Amazonía abrió expectativas en ese sentido, pero al final se frustró esa esperanza. El Sínodo de Alemania parece abrir algunas cuestiones como la ordenación de las mujeres o la democratización en la Iglesia. Ya veremos en qué queda. La intención aperturista del Papa Francisco se frena con la resistencia de la Curia y con sus propios miedos personales (comprensibles con todo respeto, pero lamentables para el avance de los cambios).

Para la Iglesia comunitaria no faltan sacerdotes, lo que faltan son comunidades vivas y adultas. De ellas surgirían los ministerios que necesitaran.

LA EXCLUSIÓN DE LAS MUJERES.

«La exclusión de las mujeres del sacramento del orden no responde a argumentos teológicos sino a circunstancias culturales e históricas que han cambiado» (Isabel Corpas de Posada). Y no vale el argumento que insinuaban en el Sínodo de la Amazonia de que dar a las mujeres «acceso al orden sagrado» sería clericalizarlas. Eso es lo que sucede con los hombres ordenados. Pero no es excusa para negarlo. «Es urgente -dice la misma Isabel Corpas de Posada- la

ordenación de mujeres, no como alternativa a la escasez de clero, sino como superación de la inequidad que implica su exclusión».

Que las mujeres puedan ser ordenadas sacerdotes en la Iglesia sería un gran avance para la igualdad. Y es legítimo y deseable que haya mujeres que tengan esa aspiración, y más si es con el respaldo de sus comunidades. Pero sería un logro corto si se reduce a ser ordenadas en «este» ministerio clerical. Así lo comprenden algunas mujeres abiertas a una ministerialidad comunitaria y eclesial pero superando los roles patriarcales y clericales que marcan el actual ministerio eclesial. La Iglesia necesita una revolución feminista que haga valer la aportación de las mujeres y la perspectiva de género como cambio total de visión de un mundo eclesial marcadamente patriarcal y clerical. Afortunadamente hay experiencia de mujeres presbíteras católicas organizadas mundialmente que rompen moldes de esa situación. Se hace camino al andar.

CELIBATO OPCIONAL.

Otro tanto podríamos decir de sacerdotes válidamente ordenados pero que luego, por seguir la llamada del amor matrimonial han tenido que dejar el ministerio. Algunos están abiertos a un nuevo ministerio, no a volver al anterior; o de hecho han «reinventado» nuevos ministerios en las comunidades y en la Iglesia sin las connotaciones sacerdotales clericales. La Iglesia pierde en el camino grandes valores de estas personas que no renuncian a su vocación de servicio, pero que no están dispuestas a aceptar condiciones humillantes, ni la Iglesia a cuestionarlas.

También hay que hacer presentes a los **sacerdotes homosexuales**. Unos fueron ya excluidos desde el seminario. Otros ignorados o reprimidos incluso cumpliendo su compromiso celibatario, o llevando una doble vida clandestina. Sabido es que a veces el más reprimido es el peor represor. ¡Con la falta que hace un ministerio de acompañamiento a las personas LGTBI creyentes que se sienten extrañas en esta iglesia!

MOCEOP tiene una larga historia de deconstrucción y reconstrucción de esos ministerios comunitarios. No pretende hacer tabla rasa destruyendo ni anulando todo ministerio. Lo que cuestiona es el ministerio clerical, basado como uno de sus pilares en la ley del celibato. Cuestionar esa ley y proponer el celibato opcional es querer superar el clericalismo y apostar por un ministerio comunitario no clerical, de hombres y mujeres, célibes o no. Y Moceop lo hace no esperando permisos de Roma, que ojalá vinieran, sino priorizando la vida, la comunidad y el servicio. Creemos que las pequeñas comunidades de base son el ámbito adecuado para ese ministerio no clerical. También para la igualdad entre hombres y mujeres, para la libertad y creatividad y para la construcción de una Iglesia-Comunidad al servicio del Reino desde abajo.

*Cuestionar
la ley y
proponer el
celibato
opcional
es querer
superar el
clericalismo
y apostar
por un
ministerio
comunitario
no clerical,
de hombres
y mujeres,
célibes
o no.*

¿PASTORES?

De los sacerdotes y obispos se sigue hablando como «pastores». Y la Iglesia sigue hablando de «pastoral» como su actividad en diversos ámbitos. Sigue la mentalidad de «pastor» y «rebaño» (la «grey santa», el «pueblo»...). Se olvida que Jesús es «Buen Pastor» no porque gobierne bien a su rebaño, sino porque cuida y da la vida. La parroquia sigue siendo más una demarcación territorial (de una Iglesia de cristiandad) y una estación de servicios religiosos que un centro de evangelización y de presencia profética. Ciertamente hay parroquias más abiertas, más progres, más evangelizadoras; pero sigue siendo una institución eclesial encabezada por el párroco en el organigrama diocesano. Claro que ha habido y hay «Pastores» como Monseñor Romero, profetas como Casaldáliga, mártires como Ellacuría, testimonios de solidaridad desde su ministerio como Diamantino y sacerdotes ejemplares y santos, misioneros y mártires... Claro que la Iglesia ha dado frutos de justicia y humanidad. Pero también escándalos como la pederastia, las inmatriculaciones... Es santa y pecadora. Pero ha de ir reformándose continuamente mirando al Evangelio y al mundo, para ser luz, levadura y sacramento del Reino.

De fondo está también la concepción de la «ordenación» como sacramento «de arriba a abajo»: el obispo «ordena» a una persona y la envía a una comunidad. O entenderla de abajo a arriba: la comunidad reconoce el carisma de unas personas para sus servicios necesarios, las elige, y el obispo, en nombre de la Iglesia, reconoce y convalida ese ministerio comunitario. La comunidad es protagonista de su propia vida y responsable de su funcionamiento.

Eso supone tomarse en serio la Iglesia como Pueblo de Dios, y como tal **PUEBLO**, aceptar una democratización como signo de los tiempos, no sólo de ahora, sino desde antiguo: «Vox populi vox Dei», «ningún obispo impuesto». Que el Pueblo, la base, pueda elegir a las personas que le han de servir, y por el tiempo y en las condiciones que el pueblo decida. Dios no habla sólo por la jerarquía; también en el «sensus fidei», en el sentido común y sabiduría básica del pueblo de Dios sopla el Espíritu. A veces con más sentido común que en la jerarquía.

Esa **democratización**, tan necesaria en la Iglesia, desmontaría el clericalismo: si el pueblo elige a sus servidores, y lo mismo los puede revocar o sustituir, no hay un poder sagrado «per se» impuesto de arriba. ¿Por qué la jerarquía tiene tanto temor a esa democratización? Evidentemente porque ve perder su poder y sus privilegios, consagrados «religiosamente», como dados por Dios. Y por desconfianza en el pueblo, siempre tenido como «menor de edad», destinado a escuchar, obedecer y servir a lo que la jerarquía, el clero, diga y mande. En una Iglesia democrática, la comunidad -la base- es la soberana de su vida y su destino. Sus «ministros» y «ministras» son iguales y han de ser

La parroquia sigue siendo más una demarcación territorial y una estación de servicios religiosos que un centro de evangelización y de presencia profética.

sus servidores; no son superiores ni están por encima. Hombres y mujeres por igual, sin discriminación por sexo ni por estado civil, orientación sexual o manera de pensar. Dios no hace distinción de personas (Hechos 10,34). ¿Por qué la Iglesia sí?

¿«SACERDOTES»?

Como hemos dicho, sacerdotes son las personas dedicadas a lo sagrado. Es un concepto propio de la religión que distingue profano y sagrado. Si con Jesús se supera esa distinción sobra también esa denominación de Religión y de sacerdote. Se «arrastra» porque se arrastra la concepción religiosa del cristianismo y de la Iglesia. En un paradigma post-religional no tiene sentido. Ese sacerdocio se ha concebido además de forma esencialista: «sacerdos in aeternum»: imprime carácter para siempre. La persona secularizada («reducción al estado laical») no deja de ser sacerdote aunque no pueda ejercer. No se entiende como una función de servicio: que «sirve» si sirve, a quien sirve, mientras sirve... sino como «poder sagrado» de predicar, de administrar sacramentos («santificar») y de «gobierno» de su parroquia o comunidad; poder delegado del obispo de quien es colaborador.

No siempre ha sido así ni tiene por qué serlo. Las primeras comunidades tenían sus responsables o cargos directivos, llamados «presbíteros» (los más mayores) o «episcopos» (super-visores), además de otros carismas como diáconos y diáconas o diaconisas, profetas, etc. Popularmente se ha llamado «cura» a quien está «al cuidado», y podría ser una expresión preferible pues evita la connotación clerical («ser cura sin ser clero»: el o la cura de la comunidad) y la religiosa-sacerdotal. La Asociación de Presbíteras Católicas prefiere ese término «presbíteras» para evitar la connotación clerical. En otras lenguas y culturas se le llama Mosén, Rector o Padre. No es sólo cuestión de nombres sino de matices.

EUCARISTÍA.

La misma concepción religiosa del viejo paradigma se aplica a la **Eucaristía**, que de «Fracción del pan» ha pasado a ser «Misa», como «sacrificio» de la Santa Misa, sobre el altar, con tiempo sagrado, lugar sagrado, ornamentos sagrados, libros sagrados... y «consagración»: el relato del memorial de Jesús. La asistencia a misa es una norma de obligado cumplimiento y no parece una mesa compartida ni el pan parece pan... Esa «celebración religiosa» no siempre parece una «celebración comunitaria» donde, aunque sean dos o tres, se reúnen en el nombre de Jesús y hacen memoria de su presencia y su entrega recordando sus gestos y palabras. La Eucaristía es fuente y a la vez expresión de la comunidad

El sacerdocio hoy no se entiende como una función de servicio: que «sirve» si sirve, a quien sirve, mientras sirve... sino como «poder sagrado»

A veces la práctica, la vida, y la desobediencia a normas va por delante de lo establecido y empuja a cambiar. No es desobedecer por gusto, sino responder comunitariamente a una necesidad comunitaria.

cristiana. Es la comunidad quien celebra, aunque una persona coordine, anime o presida. No hay una persona que «celebra» y una comunidad que «asiste». Pero la Misa, tal como está estructurada hoy, es imposible sin un sacerdote «debidamente ordenado». Aunque haya comunidad, no hay Misa si no hay sacerdote.

Algunas comunidades de base están «superando» esa «disciplina», y celebran la Eucaristía a veces con presbítero célibe, o casado, o sin tal presbítero. La comunidad celebra y otra cosa es quién preside (o conduce o coordina) la celebración: hombre o mujer, quien la comunidad decida. Que vengan teólogos y canonistas a discutir la validez o no de tal celebración. A veces la práctica, la vida, y la desobediencia a normas va por delante de lo establecido y empuja a cambiar. No es desobedecer por gusto, sino responder comunitariamente a una necesidad comunitaria. «Donde dos o tres se reúnen en nombre del Señor, Él está en medio». La comunidad cristiana necesita «celebrar» esa presencia haciendo memoria de Jesús. Eso es lo básico. Con qué ritos, con qué liturgia, con qué palabras o gestos... se ha ido formulando en la historia y puede seguir formulándose creativamente según tiempos y culturas. No puede ser inamovible un rito en gran parte trasnochado. Ni volver a la misa en latín. Falta más confianza en el Espíritu que hace suscitar dones y carismas, y creatividad y valentía para promover y reconocer tareas y servicios que enriquecen la comunidad: personas animadoras, coordinadoras, líderes en diversos aspectos (feminismo, ecologismo, compromiso social, político); teólogos y teólogas, profetas, poetas, liturgas, músicas, artistas, pensadoras y escritoras, aglutinadoras de la comunidad, que pongan humor, orientadoras espirituales...: diversidad y riqueza comunitaria. Algunas de esas personas, además del servicio a su comunidad, ejercerán servicios más amplios como animar y coordinar una Iglesia «comunidad de comunidades», red horizontal de comunión y organización; o servicios de estudio y de formación, o de ser voz profética en nuestro mundo.

¿Sacerdotes? No, gracias.

Comunidades igualitarias con carismas y ministerios diversos.

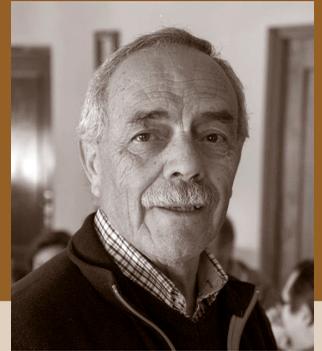
Otra Iglesia es posible y necesaria.

Deme Orte. (demeorte@gmail.com)

sacramentos de la vida

*Cuando las cosas comienzan a hablar
y las personas a escuchar sus voces,
entonces emerge
el edificio sacramental.*

Andrés Muñoz



REDES CRISTIANAS

ENREDARSE

Vivimos en un mundo enredador, es decir, chismoso y embustero, «un mundo herido, sin norte», como dice el papa Francisco en la *Frattelli tutti* (FT), un mundo que construye grandes relatos interesados, abusando del ‘dataismo’, para crear una certidumbre engañosa que impide un conocimiento exacto de la realidad. Bajo el ruido de los grandes acontecimientos y mensajes que lo ocupan todo nos olvidamos de los gritos de las historias mínimas. Hoy dominan las miradas desde lo mayoritario,

lo estadístico. La nueva regla monopolística impone en las redes y en los mercados una visión de la realidad desde satélite o dron, lejana y de absoluta indiferencia por el detalle. Y esto puede llevarnos al caos, ya que la gran historia se debe construir desde lo común, desde lo colectivo y desde el detalle, porque, no nos engañemos o nos dejemos engañar, si no somos capaces de distinguir lo diverso, lo particular, las experiencias concretas, caminamos hacia un mundo irresponsable. Se trata, como dice D. Innerarity, «de ver a la sociedad como personas y grupos, no como poblaciones... y en vez de un rebaño regido por la realidad



estadística tendríamos un mosaico de diferentes vulnerabilidades»

Y es que en esta visión macro lo esencial está oculto, va en otras direcciones, es singular, curioso, corriente, único. A menudo lo más pequeño, los más insignificantes detalles permiten ver con sutileza las grandes realidades, verdades y valores. Tenemos que tener la sensibilidad de ver la enorme importancia que tienen las cosas sin importancia.

Pero hay otra visión de la realidad que tenemos que tener también en cuenta para tener más humanidad, más comunidad. Hoy ya no sirve ser francotirador, llanero solitario o actuar solos ante el peligro. Fantasear con sentirnos autónomos, independientes, autosuficientes, personas soberanas es querer perpetuar un paradigma social superado. Hay que optar por la colaboración, la interdependencia, la necesidad, la vulnerabilidad constitucional que arrastramos. Hay que enredarse en la acción política, en las redes, en los grupos, plataformas, construcciones sociales, proyectos solidarios. El papa Francisco lo dice muy claro: «Hace falta pensar en la participación social, política y económica de tal manera que incluya a los movimientos populares y anime las estructuras de gobierno locales e internacionales... y, a su vez, es bueno promover que estos movimientos, estas experiencias de solidaridad que crecen desde abajo, desde el subsuelo del planeta, confluyan, estén más coordinadas, se vayan encontrando» (FT, 169). O, como se diría en castizo: *O nos salvamos todos o aquí no se salva ni Dios.*

Lo dicho viene a cuento como recordatorio

de la necesidad de un cambio en nuestra manera de entender la realidad y como homenaje a tantos grupos, vecindades, equipos de calle y de base, que en medio de tantas pandemias (víricas, de fake news, de pobreza, exclusión, ecocidas...) luchan codo con codo desde la actuación local, porque hay muchos minirelatos, reales, escondidos, que son esperanza de salvación para cuerpos heridos, vidas dañadas y espíritus desolados; lo que pasa es que se pierden en el olvido ante las grandes avalanchas de 'reality show' o 'best seller' de las «bondades del neoliberalismo» que nos tragamos ingenuamente o sin escrúpulos.

Hoy, ante el espaldarazo a la esperanza, a la hermandad y amistad social que ha supuesto la encíclica FT del papa Francisco, queremos poner en presente, sacar a la luz la existencia de tantos grupos, comunidades y movimientos católicos de base del Estado español coordinados en la plataforma llamada Redes Cristianas (RR.CC.), para actuar con mayor eficacia y responsabilidad, según las exigencias y posibilidades de nuestros días.

REDES CRISTIANAS

En 2005 grupos pertenecientes a la base eclesial convinieron en constituirse en REDES CRISTIANAS (RR.CC.) «para ayudar a dar respuesta a los grandes problemas que hoy en día tiene planteados tanto la sociedad como la misma Iglesia!», decían hace 15 años.

Se vio necesario, ante tanto grito de dolor, alzar una voz conjunta crítica y alternativa a las



voces interesadas y dominantes y lograr una transformación democrática social y eclesial a través de otra ciudad más acogedora, otro planeta más habitable, una sociedad más igualitaria y una Iglesia más fraterna. Esta iniciativa de trabajar en red, en cadena está inspirada en el Evangelio, el espíritu del Vaticano II y como reactivo ante el hartazgo del pontificado de Juan Pablo II.

En la «Carta de identidad» de constitución de RR.CC se dice que el punto de partida son las víctimas. producidas por el sistema económico injusto, la explotación egoísta del planeta, la codicia mercantil, la falta de políticas y gobiernos solidarios y también por una Iglesia jerarquizada, clerical y misógina.

Este com-promiso *«nos exige revisar nuestro estilo de vida y los medios y métodos que utilizamos en las comunidades, movimientos y grupos desde el criterio evangélico de la «diaconía» o «actitud de servicio al otro».* Se proponen medios adecuados,

entre otros: organizar encuentros, foros, convivencias, compartir experiencias, gestos públicos, colaborar con otras redes nacionales e internacionales y con movimientos similares de otras religiones. Y todo ello a través de los medios actuales de comunicación, tanto escritos como virtuales.

Estas metas comunes se han cumplido, modesta, pero generosamente, y así esta plataforma en la que se integran y trabajan muchos grupos y personas, se ha convertido en un «nuevo paradigma de comunión y solidaridad» en trabajos específicos y encuentros amplios y también a través de los grupos en acciones y

compromisos más concretos. Ahora mismo se está preparando el Encuentro Nacional para octubre en Tenerife, que estaba programado para la primavera y hubo que aplazarlo. Se reflexionará sobre «¿Una salida alternativa a la pandemia?» RR.CC. se va enredando cada vez más colaborando con otras redes, plataformas o colectivos amplios como son, entre otras Plataforma por la Justicia Fiscal, Red Europea de Iglesia en Libertad, Europa Laica, Somos Iglesia, Plataforma Recuperando o con el Consejo de Europa en el grupo de Organizaciones no Gubernamentales Internacionales.

ENREDADOS



En estas Redes, con apellido Cristianas, el número de enredados es importante. No los tenemos contados ni datados estadísticamente, pero hay muchas personas entre los 200 colectivos que la componen. La

mayoría son grupos medianos y pequeños, agrupaciones de voluntarios/as, urgidos por una conciencia humana de corresponsabilidad e interdependencia. Somos gentes diversas, singulares, especiales y comunes; hombres y mujeres laicas y religiosas, curritos de casa y universidad, profesoras de oficina y escuela, personas de distintas identidades de género y orientación sexual, movimientos vecinales, comunidades cristianas (populares, parroquiales, de base, autónomas), grupos de diálogo, asociaciones culturales, movimientos feministas, movimientos de curas, célibes y casados. Una gran variedad con diversas urgencias y compromisos.

Todos los grupos están en posición de igualdad y libertad de acción. No hay un ideario o programa obligatorio. Nos unen las víctimas, pero luego cada colectivo enredado tiene su estilo, su dinámica, su método comunitario. Y eso es lo bueno, porque aquí, en estos espacios de encuentros cercanos, es donde vivimos la realidad más directa con historias mínimas que no tienen mucha notoriedad, pero sí autenticidad. No hay más que echar un vistazo a la lista de los colectivos en la página web de RR.CC. (redescristianas.net), para caer en la cuenta de la riqueza y variedad de solidaridad en todos los campos victimarios, eclesiales, ecuménicos, espirituales, plurales.

En estos tiempos, a veces tan perversos y egoístas, es gratificante constatar que hay muchas personas cuidadoras del espíritu, de la justicia y la paz, de la fe y el desarrollo, del feminismo y del derecho a decidir, del ecumenismo y la laicidad, del socialismo cristiano, de la teología nueva, bíblica y feminista, de una iglesia plural, del ruralismo y la España vaciada, del diálogo y la democracia, de los derechos y dignidad de las personas homosexuales y de otras utopías necesarias hoy en día.

En estos entornos también hay vivencias fuertes de amistad y sororidad, de fiesta y alegría, de celebración y eucaristía, que cada comunidad se lo monta a su forma desde la creatividad, simbología y liturgia apropiada, desarrollando los matices personales y comunitarios sin perder la referencia eclesial de la memoria de Jesús.

Hay que decir que también hay grupos editoriales, medios de comunicación de prensa escrita y virtual, que son amplificadores de la necesidad de otro mundo posible y otra Iglesia nueva. La cabecera de algunas publicaciones ‘enredadas’ nos transmiten que estamos en ‘Encrucillada’, ‘Alandar’, en ‘Exodo’, que es ‘Tiempo de Hablar’ del ‘Reinado Social’, de ‘Humanizar’ y de ‘Utopía’, de ‘Eclesialia’ y ‘Ciberiglesia’.

Termino con este ‘enredijo en red’ que gentes de Redes Cristianas tuvimos el 29 de diciembre de 2020. Es otra forma de «trabarse» y hacer red.

Ante la falta de reuniones y encuentros presenciales la Coordinadora lanzó la iniciativa de tener el primer Encuentro On Line en torno a la Navidad, una reflexión sobre ‘Experiencias de Pesebre’ para recordarnos que hoy siguen los pesebres vulnerables y también los pesebres de vida nueva. Fue un encuentro, aunque virtual, rico y repetible. Eran 90 pantallas abiertas y más de 100 personas, una nutrida representación, una buena redada. Con un programa sencillo de saludos, canciones, poemas, lectura bíblica, oración, reflexiones y comunicados, llenamos tres horas. La Coordinadora hizo un llamamiento de urgencia a todas las organizaciones y colectivos (políticos, sociales, religiosos, comunidades) para acabar, mediante leyes, proyectos, trabajo colectivo e individual, con todas las pandemias que asolan la tierra y evitar las víctimas, que siempre son más del lado de los pobres y necesitados.

En las intervenciones de los colectivos hubo videos, poemas, villancicos autóctonos y diferentes reflexiones tanto personales como de grupo. Tere, en representación de Moceop, enredado en RR.CC. desde el principio, leyó un texto en el que se reclamaba visibilidad de los actuales belenes vulnerables, que son muchos, y de los de vida nueva, que tampoco faltan. Al final formulábamos un deseo: *«Entre todos tenemos que ser capaces de renovar el nacimiento tradicional: reformar los pesebres en casas habitables, poner más casitas sociales, más árboles, ríos y montañas, más panaderos que hagan pan casero, quitar el castillo de Herodes, llenar los caminos de gentes de todas las naciones con regalos debajo del brazo y poner villancicos en castellano, catalán, vasco, gallego, suajili, árabe, tagalo, guaraní o en el lenguaje del corazón».*

in memoriam

HA FALLECIDO JOSÉ IGNACIO SPUCHE

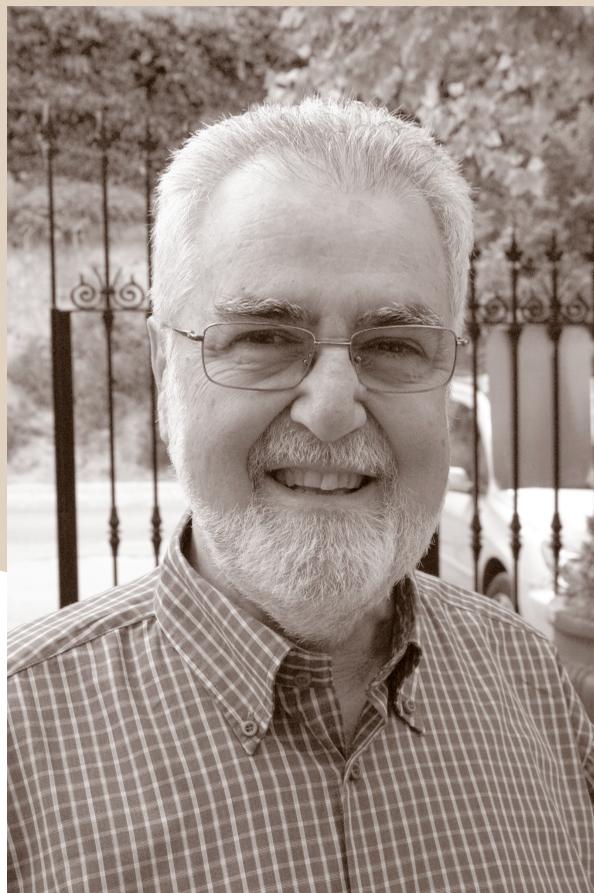
Por un ministerio enraizado en el pueblo

Valenciano, de carácter abierto y sociable. Formación en colegio religioso. Decide entrar en el seminario a los diecisiete años. («Vocación tardía», como se decía entonces).

A partir de ese momento, tensión entre una formación que buscaba la ruptura con la vida normal exterior, y unos deseos de seguir en contacto con la realidad y con los grupos de creyentes de movimientos especializados.

Vive el Vaticano II como una invitación a crear otra forma de ministerio; y en ese sentido orienta su recorrido por diversos pueblos; su retorno a una barriada obrera de Valencia le ayuda a profundizar sus compromisos. Su incorporación a un trabajo civil, sus estudios civiles y la decisión de contraer

matrimonio le han ayudado a caminar por la senda de la desclericalización.



IN MEMORIAM

Hola, José Ignacio:
Es la hora del recuerdo y la memoria, el momento de recordarnos lo personal vivido y lo común compartido.

¿Recuerdas el primer encuentro que tuvimos César y Andrés contigo un día del otoño de 1.971? Nos recibiste en el salón de la casa parroquial de Jalance; estabas rodeado de jóvenes que colaboraban en la catequesis, en el movimiento Junior y en el coro parroquial. A nosotros nos llegó esta imagen tan cercana y nos hizo suponer que habíamos venido a una parroquia fresca y joven, que cuidaba a los niños y a los jóvenes y, como comprobamos después, a todas las personas de esta parroquia y la de Cofrentes con una dedicación completa y permanente. Eras cercano a la gente y todos confiaban en ti. Pasado el tiempo te seguían recordando agradecidos por tu entrega.

César y Andrés veníamos de lejos, de la diócesis de Soria, a cubrir tu relevo en estas parroquias valencianas. No tuvimos que deconstruir nada, porque tu línea pastoral y tu programa de metas pastorales y sociales coincidían con las nuestras, lo que facilitó nuestra acogida e inserción.

El equipo de curas de la zona, del que formabas parte, hicisteis una labor religiosa y sociolaboral muy importante. Impulsados por la fuerza y el espíritu del Vaticano II perseguíais una iglesia nueva, más participativa y evangélica, despojada de las rancias tradiciones y más encarnada en la vida real y concreta del pueblo. De aquí que pusierais mucho empeño en la formación cultural de los jóvenes como ayuda a unas salidas laborales más esperanzadoras.

Recordarás también, como lo hacemos nosotros con satisfacción, aquellos campamentos conjuntos en El Molinar (antigua central eléctrica de Hidroeléctrica Española) con chicos de tu nueva parroquia de la Malvarrosa y los chicos de las parroquias del Valle de Ayora-Cofrentes. Esta colaboración se mantuvo con encuentros e intercambios a través de actividades, bien en la

Malvarrosa o en Jalance con jóvenes que venían los fines de semana.

Ya nunca perdimos la relación y la confianza contigo. Eras una persona de bien y dado a compartir. Y cuando María Luisa hizo hogar contigo los contactos se hicieron más frecuentes y cálidos. Tere lo certifica. Recuerda con emoción cómo la acogisteis en vuestra vida en tiempos de necesidad y de apoyo para tomar decisiones. No puede olvidar los momentos de conversación y de mesa que tenía en familia con vosotros. Por eso, se une a esta memoria agradecida que quiere ser signo de una presencia permanente de amistad.

Nuestra cercanía se intensificó en Moceop. ¡Cuántas charlas, cuántas confidencias, cuántos encuentros, cuántas utopías soñadas! Tu y María Luisa fuisteis del primer turno y de los más asiduos en Moceop. Incluso María Luisa, hija, participó y compartió convivencia con otros hijos de parejas moceoperas a través de juegos, fiesta, eucaristía y actividades culturales en aquellos encuentros nacionales tan animados, en los que ellos ponían la nota alegre y familiar, aunque también, en ocasiones, se cansaron de las largas reflexiones de sus sesudos padres.

Recuerda, José Ignacio, que tu fuiste durante muchos años el delegado de Moceop en la zona valenciana, haciendo de animador y de enlace y que todos los simpatizantes y componentes del movimiento reconocen y agradecen tu portación y dedicación sincera. Sabemos también que tu vena participativa te llevó a colaborar en otros grupos de iglesia y sociales de Valencia, tratando de aportar tu granito de justicia, comunión, esperanza y fraternidad.

Todo este bagaje adquirido en años no hay quien te lo quite y esperamos que todo ello te haya servido para sentirte realizado y satisfecho y que hayas podido irte en paz a vivir junto a Dios, padre-madre, que siempre te cuidó.

Esto es un recuerdo agradecido de César, Tere y Andrés

José Ignacio Spuche vino a veranear a mi pueblo, Teresa de Cofrentes, siendo aún seminarista; 70 años no es cualquier cosa, toda una vida. Su ausencia supone que se te va la vida, cuando esa vida ha sido repleta de anhelos, experiencias, gozos... vivencias compartidas de toda clase.

Compartí problemas cuando estuvo en Jalance, «mi pueblo» lo llamaba él, con el equipo de compañeros curas que llegaron con ánimo de renovar el apostolado en el valle de Cofrentes.

Una vez casados, nuestras esposas han venido a enriquecer esta amistad.

Hemos participado en muchas reuniones de Moceop.

Asistimos a algunos congresos de Teología en el salón de Comisiones Obreras de Madrid dirigidos por Tamayo.

Se ocupó en un primer momento de Cosarese en Valencia, porque fue en Moceop donde se comprendió la injusticia que suponía no cobrar pensión o verla muy disminuida, al secularizarse, por el hecho de que la iglesia no cotizó nada a la Seguridad Social en nombre de los curas. A finales de los 60 fui personalmente a la sede de la SS en Valencia para inscribirme y cotizar. Aquel buen hombre, ya viejito, me escuchó pacientemente, y al final me propuso inscribirme como sacristán. La iglesia no constaba como empresa. Me pareció

indigno aceptar y utilizar esa falsedad, y no coticé. Le sucedí en el cargo de representante de Cosarese en Valencia.

Hemos viajado mucho. Con lo que eso supone de compenetración porque se está todo el día juntos; se visitan lugares que da pie a comentarios de todo tipo: históricos, artísticos, etc.

Él ha sido amigo entrañable del grupo que venimos reuniéndonos una vez a la semana para desayunar o cenar. Esto nos ha mantenido al día comentando la actualidad. Hasta que llegó el virus.

Todo ello conlleva compartir tanto y tan a fondo, que duele su ausencia, pero al mismo tiempo me siento sumamente agradecido por haber contado con su valiosa amistad.

Inolvidable.

Ovidio Fuentes



huellas



Alfonso Borrego

Alfonso Borrego

ANSIANDO CUMBRES

«Me gastaré y desgastaré
hasta hallar la verdad» (II Cor. 12,15)

Padre nuestro que estás en la altura
dominando las nubes y el sol,
transmitiendo mensajes de cumbres
de sublime grandeza y amor.

Creo en Tí, forjador de esperanza;
creo en Tí, manantial de perdón;
con tu aliento el ascenso es más fácil,
con tu gracia el esfuerzo es menor.

Santifiquen tu nombre las plantas,
cuyos brotes reflejan el don
de mostrar, al compás de tu Espíritu,
su increíble poder creador.

Santifiquen tu nombre las aves
que te ofrecen la bella oración
de sus trinos, bordados con viento,
cuando tejen conciertos de amor.

Santifiquen tu nombre las flores
que se visten al ritmo impulsor
de tu esencia, que cubre los montes
y el confín del abismo, Señor.

Que el caudal de tu Reino descienda
a empapar de esperanza e ilusión
el erial de mi campo desnudo
y el verdor de tus trigos en flor.

Cúmplase tu deseo en la sierra
donde escucho más clara tu voz;
cúmplase en la quietud de los valles
que rebosan de paz y verdor.

Que el arroyo, la fuente y la roca
faciliten mi lenta ascensión
a la cumbre, soñada y cercana,
donde pueda escucharte mejor.

Me gasto buscando los destellos
del inmenso y feliz resplandor
de tu rostro, encendido y glorioso,
que presiento inundado de amor.

Te he hallado al vencer a mi orgullo
y entender los reglones torcidos
que esculpiste, paciente, en mi alma,
con cinceles de amor infinito.

Si vivo, alegre, en plena libertad;
si los problemas los hago estímulos,
y, creciéndome, sobre ellos, los disimulo,
te encontraré a Tí, que eres la Gran Verdad.



reseña

SER TU EN PLENITUD

Presentamos hoy un libro interesante, profundo y muy actual; una buena herramienta para no perderse en el laberinto de la vida líquida y multidireccional.

El título expresa claramente el camino y la meta, o mejor, la meta ya en el camino: SER TÚ EN PLENITUD. Es un texto denso, elaborado y pedagógico, que intenta ser guía en el camino para llegar a la plenitud, no solo pensando en individual o familiar sino con una proyección socio-política.

Es el resumen de «un método de formación holística de la persona», en el que se busca cesar el sufrimiento humano y acompañar en el camino, ofreciendo herramientas que ayudan a superar dificultades o estacionamiento por acercarse a la meta de la plenitud.

Partiendo de las tres dimensiones fundamentales en todo ser humano (personal, socio-política, espiritual), que son los motores transformadores de donde sacamos la motivación, el empuje y la energía vitales, el autor amplía,



profundiza y trabaja lo mental, emocional, corporal, relacional y espiritual, ayudando a descubrir una consciencia que siente, un corazón que conoce y actúa, un cuerpo sabio y amoroso, una sociedad en interrelación política, social,

cultural, ecológica y una presencia espiritual interior transformadora.

Todo este trabajo se acompaña de unos ejercicios al final de cada capítulo para hacer vida, interiorizar y compartir experiencias.

No es un tratado teórico o académico. El autor parte de su experiencia vital y del ejercicio profesional de psicoterapeuta, acompañando a muchas personas en su crecimiento psicoespiritual a través de cursos dirigidos mayormente a personas humildes y del tercer mundo siempre con una marcada insistencia en el compromiso con los más desfavorecidos desde una espiritualidad liberadora y personalizada.

Y es que el autor, EDUARDO LALLANA, es de fiar. Está preparado por grandes maestros y maestras de oriente y occidente, por místicos de distintas religiones en terapias psicológicas, antropológicas y pedagógicas humanistas y solidarias. Además está experimentado en la militancia y lucha constantes en diversas organizaciones sociales, oenegés, proyectos de acción social y voluntario solidario, experiencias que se recogen en el libro.

Hay un detalle experiencial que es la guinda de todo el trabajo: Eduardo y su pareja Charo convivieron con PEDRO CASALDÁLIGA durante varios años, ese gran místico, poeta, luchador empedernido de los más desfavorecidos, libre y libertador. Con él compartieron proyectos, publicaciones, luchas y esperanzas, misa y mesa. A través de la Ong, TIERRA SIN MALES, han apoyado las grandes causas de la Humanidad y las necesidades concretas, personales y familiares de los indígenas de la prelatura de Sao Felix de Araguaia, en Mato Grosso, en donde P. Casaldáliga pasó toda su vida cuidando a los nativos, explotados por las multinacionales. Su huella se recoge en el libro.

Una aclaración del autor para la lectura: *«No aceptes nada de lo que yo te diga aquí porque yo lo diga. Cuestionalo todo desde tu experiencia personal, ‘paséatelo por el cuerpo’...Descúbrelo. Intégralo»*

Los pedidos se pueden hacer a través del correo del autor: elallana@cop.es o Editorial Nueva Utopía

BOLETIN DE SUSCRIPCIÓN																	
Donativo Ordinario 30 euros al año									Apoyo a Moceop 60 euros								
NOMBRE Y APELLIDOS									DOMICILIO								
TELÉFONO			LOCALIDAD			C. P.			PROVINCIA								
BANCO O CAJA									LOCALIDAD								
COD IBAN		CLAVE		AGENCIA		D. C.		NÚMERO DE CUENTA									
E	S																
IMPRESINDIBLE RELLENAR LOS 24 DÍGITOS																	

miscelanea

EL PAPA:

"Me acusan de herejía, pero hay riesgos que debo tomar" (A Bordo Del Avión Papal - 08 Marz 2021)

MISIONES SALESIANAS DENUNCIA:

"Más de 2.000 millones de personas sin acceso al agua en tiempos de pandemia"

CARTA ABIERTA DE UN CLÉRIGO HOMOSEXUAL CATÓLICO, QUE NO RENIEGA DE LA IGLESIA:

"Mi Iglesia, Señor, es la que sigue discriminando a homosexuales, a mujeres, a laicos. Negar una bendición es negar que se diga el bien a alguien. Es negar una palabra de amor"

MARCELO BARROS:

"No se debe obligar a nadie a bendecir la unión gay, pero tampoco se debe prohibir que lo haga"

JOSÉ ALEGRE:

"Nombramientos episcopales, ¿comunidad a edificar u oportunidad de 'subir peldaños' en el 'staff' de la empresa?"

ATRÉVETE A ORAR: RUFO GONZÁLEZ

Respuesta al cardenal Sarah contra la posibilidad de sacerdotes casados : Mal empieza con esta afirmación tajante: "el debilitamiento del celibato hace que se tambalee el edificio eclesial en su conjunto" (p. 102). Como si el celibato fuera la base o cimiento de la Iglesia. Añade que, por debatir el celibato, se plantea el sacerdocio de la mujer.

ANDRÉ LUIZ

"Los seminarios deben dejar de ser estructuras de fabricación de clérigos aislados del mundo"

"Los seminarios continúan manteniendo su función centenaria de producir clérigos, que, en general, responden a una sola función: adoctrinar y mantener el status quo, sin ningún posicionamiento ante las heridas del mundo contemporáneo"

QUIÉNES SOMOS

MOCEOP es un grupo de creyentes en Jesús de Nazaret ---surgido como movimiento hacia 1977 en torno al fenómeno de los curas casados y a las esperanzas de renovación originadas por el concilio Vaticano II--- que reivindicamos que el celibato sea opcional.

Personas afectadas, más o menos directamente, por la ley del celibato (sólo el varón soltero puede acceder a desempeñar las tareas de presidencia de las comunidades católicas); **y creyentes que han sintonizado con esta reivindicación.** El aspecto reivindicativo (*celibato opcional*) fue el aglutinante inicial; **la evolución posterior y la reflexión comunitaria nos han ayudado a ampliar perspectivas.**

NOS SENTIMOS MOVIMIENTO

Nuestra **organización es mínima** y funcional: lo que nos une son unas convicciones que consideramos básicas en nuestro caminar:

- + **La vida** como lugar prioritario de la **acción de Dios**
- + **La fe en Jesús** como Buena Noticia para la humanidad
- + **La libertad y la creatividad** de las comunidades de creyentes
- + **La pequeña comunidad** como el entorno en el que vivir la comunión
- + Los llamados “**ministerios eclesiales**” como servicios a las personas y a las comunidades, nunca como un poder al margen ni por encima de ellas.

ESTAS SON HOY NUESTRAS COORDENADAS

La transformación de nuestra Tierra en un mundo más humano y solidario (*Reino de Dios*) nos importa más que los entornos eclesiásticos.

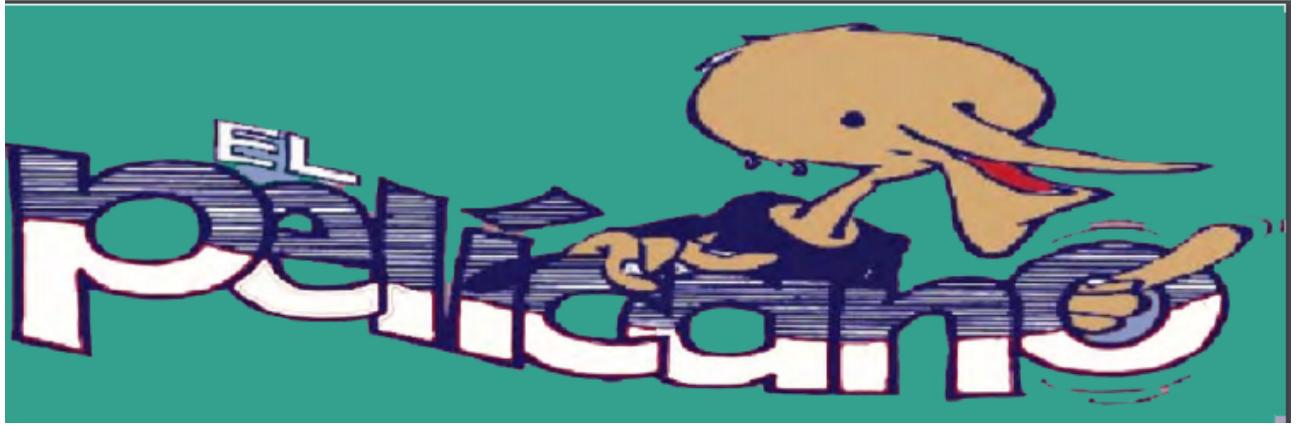
Las causas justas: ecología, solidaridad, pacifismo, derechos humanos. El Evangelio como *Buena Noticia*: ilusión, esperanza, sentido de la vida

+ **Somos iglesia y queremos vivir en ella de otra forma:** comunidad de creyentes en construcción y al servicio de las grandes causas del ser humano; en búsqueda, en solidaridad y en igualdad

+ **No queremos construir algo paralelo ni en confrontación con la iglesia: somos una parte de ella,** en comunión. Buscamos la colaboración con otros colectivos de creyentes (*Redes Cristianas*), para compartir y celebrar nuestra fe.

APOSTAMOS POR

- + **Ser acogedores** y acompañar a quienes se sienten **excluidos y perseguidos**
- + **Plantear alternativas**, con hechos, a la actual involución eclesiástica
- + Defender que **la comunidad está por delante** del clérigo
- + Favorecer por cualquier medio la **opinión pública y la participación en la iglesia.**
- + Defender que **la persona es siempre más importante que la ley**
- + **Colaborar** con otros grupos de base que luchan **contra la exclusión.**
- + Defender que los **ministerios no deben estar vinculados** ni a un género ni a un estado
- + Estar cada vez más **abiertos** a las luchas por **la justicia y la solidaridad**
- + Cuestionar cuanto sea necesario en búsqueda de la coherencia con el evangelio
 - Buscar juntos y con quienes deseen buscar: clarificarnos, vivir, compartir.
 - Aportar, desde nuestras convicciones, cauces para la vivencia de la fe
 - Servir de referente para quienes viven la fe desde la frontera.
 - Valorar lo secular: participar en asociaciones que creen ciudadanía





PERO EL DISTINTIVO POR EL QUE CONOCERÁN QUE SOIS DISCÍPULOS MÍOS SERÁ SI OS AMAIS.